

MILICIA DE ESPAÑA

*J. Pla
Cargol*

ALVAREZ DE CASTRO



EDITORIAL GRAN CAPITAN

MILICIA DE ESPAÑA

●

Volúmenes en octavo,
de 200 páginas aproximadamente,
impresos con sobrio buen gusto,
encuadernados en rústica.

●

Cada tomo contiene la biografía
de un ilustre personaje de la his-
toria militar y guerrera de España,
y lleva, en papel couché, un retra-
to del biografiado.

●

Firman los textos, trazados dentro
de un estilo ameno que hace su
lectura altamente agradable, es-
critores de reconocido prestigio.

●

Se aspira con esta colección a
reunir, en un cuerpo homogéneo
de libros, las monografías más sa-
lientes de nuestra inmortal Milicia.
Con ellas se tendrá una Historia
Militar de España, presentada en
forma sumamente original.

●

EDITORIAL GRAN CAPITÁN

Arenal, 23 - Apartado 184
Teléfono 15524 - MADRID

1067163

R
1559

R
1559







EL GENERAL DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO

1067163

R/1559

JOAQUIN PLA CARGOL

ALVAREZ DE CASTRO



MADRID

EDITORIAL GRAN CAPITÁN

1946

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.
Reservados los derechos para
todos los países.
Copyright 1946 by Joaquín
Pla Cargol.

Printed in Spain.

Imprenta Viuda de Galo Sáez, Mesón de Paños, 6. Teléfono 11944, Madrid.

DEDICATORIA

Al ilustre historiador

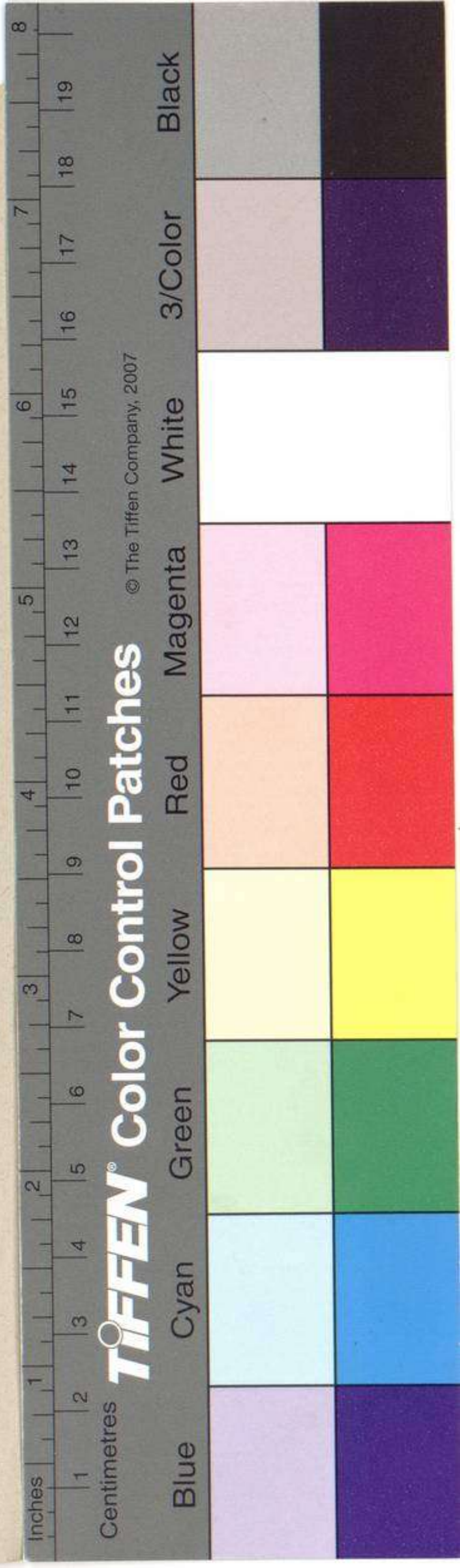
DON VICENTE CASTAÑEDA,

*Secretario Perpetuo de la Real
Academia de la Historia y autor
de muy notables trabajos de investi-
gación histórica.*

Con cordial devoción y afecto,

J. P. C.

Gerona, junio de 1945.



PÓRTICO

VAMOS a tratar, en las páginas siguientes, de uno de los temperamentos más destacados entre los innumerables héroes que produjo en nuestra patria la guerra de la Independencia, a comienzos del siglo XIX.

Nos ha parecido de interés, para evocar previamente las características de aquella época y situar, en el ambiente de su tiempo, al personaje al cual dedicamos este libro, comenzar trazando un esquema sintético de la situación de Europa y de España en los años en que vivió el heroico general Alvarez y citar los hechos principales de aquel movido y azaroso período de la Historia.

Al evocar la vida del general hemos procurado hacer resaltar las modalidades de su carácter y su fuerte personalidad como plasmador de una resistencia ejemplar, procurando hacer un estudio en lo posible desapasionado y ajustado a la realidad, y basándonos, siempre que nos ha sido posible, en referencias y testimonios dados por quienes lo habían tratado o con él convivieron en los duros días de la heroica defensa de Gerona.

Nuestros queridos lectores podrán apreciar en las páginas siguientes si nuestro intento ha podido ser logrado, siquiera en parte. Y nos daremos por muy satisfechos si la personalidad de Alvarez de Castro, que hemos vislumbrado a través de su historial en el sitio de Gerona, deja en el recuerdo de nuestros lectores la rëcia impresión que, por su gran heroísmo, por su intenso amor a la patria y por su valiente sacrificio merece plenamente ocupar en el corazón de todos los españoles.

CAPÍTULO PRIMERO

PANORAMA DE ESPAÑA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII

AL nacer don Mariano Alvarez de Castro, en 1749, hacía tres años que había ascendido al trono de España el rey don Fernando VI, monarca pacífico y bondadoso, aunque un tanto melancólico y ensimismado.

En sus primeros años de gobierno conservó el nuevo rey a don Zenón Somodevilla, gobernador que ya había prestado sus servicios al reinado de su padre y antecesor, Felipe V, y premió sus trabajos dándole el título de marqués de la Ensenada.

El rey, en su buen deseo de contribuir a la pacificación de Italia, y aun de toda Europa, promovió el Congreso de Aquisgrán. Y, a pesar de sus esfuerzos para evitarla, estalló la guerra entre Francia e Inglaterra. Cada una de ambas potencias manifestaba hondo interés en que España se declarase a su favor; pero el rey supo sortear hábilmente tales dificultades, manteniéndose en una neutralidad estricta; y si ante el embajador inglés lanzó la frase de «Con todos guerra y paz con Inglaterra», también dijo luego a los que le rodeaban, cuando el embajador inglés hubo salido de la sala: «Paz con todos y guerra con ninguno.»

No le fué del todo fácil mantener esta neutralidad, pues sus mismos ministros manifestaban marcadas preferencias por uno u otro beligerante; y así, mientras don José de Carvajal se mostraba francamente partidario de Inglaterra, el marqués de la Ensenada no ocultaba sus vehementes simpatías por Francia.

En la paz interior y exterior que se esforzó el monarca en mantener fué desarrollándose un importante programa de obras públicas, de las que tan necesitada se hallaba España: se incrementó la construcción de caminos, se fomentaron las construcciones navales, activáronse las obras del Palacio Real, creóse en Madrid el Jardín Botánico, se establecieron los Pósitos para labradores, con el fin de librarles de la usura; construyéronse algunos canales, entre ellos el de Castilla; fundóse la Academia de Bellas Artes de San Fernando y establecióse un Concordato con el Papa Benedicto XIV, el cual favoreció conjuntamente los intereses del papado y los de nuestra patria.

Pero fallecida la esposa del rey, doña Bárbara de Braganza, la melancolía de Fernando VI se acentuó considerablemente, y quiso buscar en la soledad momentos propicios para entregarse con intensidad mayor a sus recuerdos familiares. Y tal estado de honda melancolía acabó con él, falleciendo en 1759 en el castillo de Villaviciosa de Odón, donde pasó su última y triste temporada, presa su ánimo de honda depresión, que no consiguió vencer o alejar de sí y sobreponerse a su dolor y añoranza.

Nombrado sucesor suyo su hermano Carlos, que desde hacía veinte años era rey de Nápoles, éste aceptó el trono de España y se dispuso a reinar con el nombre de Carlos III, dejando a su hijo tercero, don Fernando, el reino de Nápoles.

La gestión de Carlos III como monarca se hizo pronto simpática a los españoles, especialmente por su generosidad; emprendió una serie de reformas y de obras, que han caracterizado su reinado como uno de los más fecundos, especialmente en la construcción de obras públicas. Entre otras muchas cosas de interés influyó para que los Municipios cuidaran del barrido de las calles en las ciudades importantes, comenzando por Madrid; fomentó el empedrado, el alumbrado público y la vigilancia nocturna en las poblaciones. En todas las provincias fueron levantados edificios públicos, de los que casi se carecía en absoluto, para alojar dependencias del Estado. En Madrid sólo fueron construídas obras tan importantes y destacadas como la Aduana, el

Hospital General, el Museo de Pinturas, San Francisco el Grande y muchas otras de simple adorno en los paseos de la Villa y Corte.

Trajo consigo de Italia algunos consejeros, como Grimaldi, Taunuci y, especialmente, Gregorio, marqués de Esquilache, quien dictó diversas medidas, que no fueron del agrado de los españoles, como el mandar sustituir las capas largas y los sombreros de anchas alas que se usaban, por las capas cortas y los sombreros de tres picos, que quiso imponer (por suponer que las capas largas favorecían el poder llevar armas y encubrían así muchos delitos). Este disgusto del pueblo aumentó por haber también dispuesto Esquilache el aumento de tributos y la constitución de monopolios, que encarecieron considerablemente la vida; y como resultado de todo ello prodújose en Madrid, el Domingo de Ramos de 1766, el sangriento motín que fué llamado de las «Capas y sombreros». El pueblo se personó ante el palacio y exigió la destitución de Esquilache y la abolición del Decreto origen del motín. Carlos III rasgó aquel Decreto ante el pueblo y destituyó al ministro culpable, desterrándole a Cartagena y sustituyéndole en su cargo por el conde de Aranda, de tendencia francamente liberal. Otros motines habían estallado también en diversas ciudades españolas.

CAPÍTULO II

LA REVOLUCIÓN FRANCESA. LA CONVENCION. EL DIRECTORIO Y EL IMPERIO

LA sangrienta revolución que en 1789 estalló en Francia, singularmente en París, es considerada por los historiadores como el comienzo de la llamada Edad Contemporánea. Es posible que en años venideros se considere finido este período de la Historia con el comienzo de la primera guerra europea en 1914. Porque es indudable que el mundo ha entrado, a partir de dicha guerra, en un período histórico cuyas características y densidad de contenido político y social (social especialmente) no ha tenido par en ninguna otra época de la Historia. La tremenda guerra de 1939-1945 tal vez aparezca en su día como una natural consecuencia de la anterior de 1914-1918, ya que la primera, sobre no resolver definitivamente nada, dejó a Europa en una situación incómoda, que no fué posible encauzar satisfactoriamente y por senderos de paz.

La nación francesa, bajo el gobierno de Luis XIV, había alcanzado gran prosperidad y grandeza. Ello determinó sin duda en sus dirigentes un lamentable orgullo, del que es muestra elocuente la conocida frase expresada por el rey de *El Estado soy yo*. En el reinado siguiente de Luis XV fueron proverbiales el desenfreno, el lujo excesivo, la irreligiosidad y la libertad de costumbres de que hacían gala todos y particularmente los magnates: la amiga del rey, madame Pompadour, manejaba los negocios del

Estado con amplia libertad, y los enciclopedistas Diderot y d'Alembert, al publicar su célebre Enciclopedia, echaban al mundo los cimientos del materialismo.

A todo esto se mezclaba la imposición de impuestos cada vez más crecidos y la más audaz inmoralidad; se concedían monopolios escandalosos; el comercio y la industria se desarrollaban con trabas crecientes y se producían numerosos abusos, que iban sembrando por doquier el cansancio y el malestar.

El rey Luis XVI, casado con María Antonieta, hija de María Teresa de Austria, ofreció atender las demandas del pueblo; pero no lo hizo con la urgencia con que éste las reclamaba. La debilidad de carácter de este rey, por otra parte, complicaba más los problemas, ya de sí extraordinariamente graves.

Por consejo del banquero suizo Necker, a quien el rey había llamado para que pusiera un poco de orden en la Hacienda francesa, pero que no lo pudo realizar por hacerle la nobleza la vida imposible, Luis XVI decidióse a reunir los Estados generales, Asamblea que hacía más de un siglo que no se había reunido. Constituída la tal Asamblea por 300 representantes de la nobleza, 300 del clero y 600 del estado llano o clase media, comenzó el 5 de mayo sus deliberaciones. Pero ya desde el primer momento se vió que toda avenencia entre los diferentes estamentos que la constituían era imposible, porque los nobles querían que continuaran sus privilegios y los del estado llano exigían igualdad en el orden económico y político: igualdad en la justicia y libertad para todos. Viendo que toda transacción se hacía imposible, los del estado llano se separaron y se reunieron a su vez en una Asamblea Constituyente. Confirieron la presidencia de esta Asamblea al astrónomo Baylli.

Fué líder de aquella Asamblea, por su gran elocuencia, el conde de Mirabeau. El rey, al ver el mal cariz que para la Monarquía tomaba aquella Asamblea, quiso suspenderla, y mandó un emisario para que anunciara a los diputados que debían retirarse; pero Mirabeau contestó al enviado real:

—Ya lo hemos oído; pero decid a vuestro amo que aquí esta-

mos por la voluntad nacional, y que no saldremos de aquí sino por la fuerza de las bayonetas.

Pero aquella Asamblea, a pesar de todo, tampoco llegaba a ponerse de acuerdo, dada la diversidad de opiniones de los que la constituían; mientras tanto se iban produciendo violencias que el poder público no sabía o no se atrevía a atajar. Fueron incendiadas en el campo muchas casas de los terratenientes; se asaltaron cárceles para poner en libertad a los presos, y el 14 de julio de 1789 una multitud exasperada asaltó la Bastilla, que era la prisión del Estado, y dió muerte al jefe de la misma y a otras personas.

El rey estaba cada vez más desorientado; algunos políticos quisieron conducirlo a Metz, donde firmaría las conclusiones de la Asamblea; pero otros se oponían a ello. Con motivo de un relevo de fuerzas en Versalles, donde estaba la familia real, el rey dió un banquete, cuya finalidad fué interpretada por los partidarios de la Asamblea como una provocación. Y una gran multitud reunióse en París ante la casa del Ayuntamiento, pidiendo pan barato y dando gritos de «¡A Versalles!».

La Asamblea continuó legislando y publicó la Constitución y el cuadro de los derechos del hombre. El rey, ante el cariz que iban tomando los acontecimientos, quiso huir a Alemania; pero fué detenido en París, y en 16 de septiembre juró la Constitución, disolviéndose entonces la Asamblea.

Verificáronse nuevas elecciones para constituir una nueva Asamblea, y ésta abrióse el 1.º de octubre de 1791. En ella se manifestaron tres partidos con fuerza: los llamados «constitucionales», los republicanos moderados o «girondinos» (llamados así porque su núcleo principal estaba formado por diputados por la Gironda) y los llamados «montañeses», que contaban con personalidades tan destacadas como Marat, Danton y Robespierre.

Con todos estos sucesos crecía en Francia, de día en día, el estado anárquico, y al final (el 21 de enero) las violencias culminaron en la persona del mismo rey, que fué guillotinado. Este regicidio promovió en Europa una grandísima conmoción, y for-

móse entonces la primera coalición contra Francia, constituída por Austria, Rusia, Inglaterra y España.

Desarrollóse seguidamente en Francia la tremenda época llamada «del terror». En 24 de junio de 1793 fué decretada una nueva Constitución extraordinariamente radical, y comenzó a funcionar el llamado «Comité de Salvación Pública».

En octubre siguiente fueron sacrificadas la reina María Antonieta y la sobrina de Luis XVI. Muchos políticos de la Asamblea pagaron también con su vida supuestas faltas al nuevo estado de cosas.

Muerto Robespierre, cedió en parte aquella ola de terror, y funcionó de nuevo la Convención, la cual laboró de manera más práctica y provechosa para los verdaderos intereses de Francia. Fué establecido un Gobierno republicano o «Directorio», el cual tuvo que luchar en el interior del país con los partidos hostiles, y en el exterior sostuvo guerras con Prusia, Austria y el Piamonte.

Debido a tan largo período de luchas y violencias, el comercio y la industria quedaron arruinados; la moneda aparecía sumamente depreciada; los soldados andaban descalzos y semidesnudos; las familias quedaban desorganizadas, y en este caos social surgían pseudorreligiones, algunas estrambóticas, que acababan de llevar la mayor confusión a los espíritus.

Cuando la situación parecía más terrible surgió en este panorama francés la fuerte personalidad de Napoleón Bonaparte. Napoleón se manifestó como genio de guerra en la campaña de Italia, a la que siguió la de Egipto, y, regresado a Francia, y ya comandante, en 1799, del ejército de París, suprimió la representación nacional y creó el Consulado, erigiéndose él en primer cónsul. Puso de nuevo en funcionamiento la administración francesa y reemprendió luego la campaña de Italia. Paulatinamente fué convirtiendo el Consulado en Imperio, erigiéndose al fin emperador; el mismo Papa lo consagró como tal emperador el 2 de diciembre de 1804, en una brillante ceremonia celebrada en la catedral de Nuestra Señora de París.

Las naciones europeas vieron en Napoleón Bonaparte un sol-

dado de fortuna, pero tèmieron sus ambiciones, que se manifestaban sin límite. Para oponerse a su poder se coaligaron Inglaterra, Rusia y Austria. Napoleón obtuvo en esta campaña señaladas victorias, como la de Austerlitz contra los rusos, y formó la llamada Conferencia del Rin, de la que se erigió en protector.

Inglaterra, Rusia y Prusia organizaron luego la llamada Cuarta Coalición. Pero Napoleón batió a los prusianos en Jena y a los rusos en Eylau y en Friedland, y el zar pidió entonces la paz.

Aprovechando la oportunidad de que Napoleón envió a España parte de sus ejércitos, Austria formó con Inglaterra la quinta Coalición; y mientras sus tropas eran contenidas y derrotadas en algunas acciones por las tropas españolas, secundadas por el paisanaje, aún Napoleón conseguía victorias sobre los austríacos, como la de Wagram, en octubre de 1809.

Tal fué, a grandes trazos, el panorama de Francia desde últimos del siglo XVIII hasta comienzos del siglo XIX, y precisamente en el tiempo en que tuvo lugar el tercer sitio de Gerona.

CAPÍTULO III

EL PANORAMA ESPAÑOL

VEAMOS ahora sucintamente qué perspectivas ofrecía el panorama español, a partir del reinado de Carlos IV. Este rey, que se había ido formando al lado de su padre, Carlos III, conservó, al subir al trono, como primer ministro, al anciano conde de Floridablanca, que lo había sido también de su padre. Los propósitos del rey, en relación a la gobernación de España, eran sin duda buenos, por más que no sentía demasiado apego a los negocios públicos. Pero se produjo la Revolución Francesa, con la honda conmoción ideológica que la misma representó, y este hecho influyó grandemente en el curso de los acontecimientos en España.

Floridablanca fué sustituido por el liberal conde de Aranda, y luego éste por Godoy, joven guardia de Corps y favorito de la reina. Carlos IV y Godoy hicieron todo cuanto pudieron para salvar la vida de Luis XVI de Francia, pero no pudieron conseguir nada. Consumado aquel regicidio, Godoy, despechado, aconsejó a Carlos IV que declarara la guerra a Francia; el conde de Aranda no compartía tan extrema decisión; pero prevaleció el criterio de Godoy, y la guerra estalló.

El pueblo español, en general, acogió bien esta guerra, y se formó rápidamente un ejército de voluntarios; constituyéronse tres cuerpos de ejército: el de Guipúzcoa y Navarra, al mando

del general Caso; el de Aragón, a las órdenes del condè de Castellfranco, y el de Cataluña, mandado por el general Ricardos.

Este último comenzó las operaciones penetrando en el Rosellón y obteniendo victorias en Bellegarde, Arlés y Truillas; pero en 1794 la suerte no favoreció a los españoles, y los franceses se apoderaron de Irún, Pasajes, Tolosa, Vitoria, Figueras y otras plazas. En el verano de 1795 continuó la campaña, aunque con menor fuerza, y el 22 de julio se firmó la paz de Basilea, por la cual los franceses se obligaron a desalojar todas las plazas que habían ocupado en territorio español, y en cambio nuestra patria cedió a Francia la parte que era española de la isla de Santo Domingo, en las Antillas.

Inglaterra mostróse contraria a la cesión que hacía España a Francia de Santo Domingo; España, en tanto, cambió su antiguo antagonismo con Francia en una amistosa alianza, poniéndose con este hecho nuestra patria dispuesta a colaborar con el Directorio francés. Como consecuencia de todo este cambio de orientación estalló la guerra de Francia y España contra Inglaterra.

La Gran Bretaña atacó diversas colonias españolas en América y la ciudad de Manila, en las Filipinas; todos estos intentos fueron victoriosamente rechazados; pero en 1798 consiguió Inglaterra apoderarse de la isla de La Trinidad, cerca de la desembocadura del Orinoco, y también de la isla de Menorca, en las Baleares.

Francia pretendía mientras tanto segregar a Portugal de la influencia inglesa, y España cuidó de gestionarlo, aunque sin resultado. En vista de ello, Francia y España declararon la guerra a Portugal.

Carlos IV nombró generalísimo de las tropas españolas enviadas contra Portugal a Godoy, y el 20 de marzo de 1797 penetraron estas fuerzas en tierras portuguesas, en la provincia de Alemtejo, rindiendo las plazas de Olivenza y Jurumeña. Esta guerra duró tan sólo quince días, pues los portugueses manifestaron deseos de concertar la paz. Y como Godoy había enviado a la reina como presente unas naranjas cogidas en los jardines de Yelves, esta

corta campaña fué llamada jocosamente la «guerra de las naranjas».

Napoleón cada día se mostraba más exigente con relación a España. Inglaterra, por su parte, al ver a nuestro país inclinarse del lado de Napoleón, no quiso considerar a España como país neutral, y sus barcos de guerra apresaron a muchos de los buques españoles que realizaban el comercio con las colonias de América.

Fué convenido entre España y Francia que las escuadras de ambos países, mandadas, respectivamente, por Villeneuve y Gravina, operarían juntas; y después de un incesante ir y venir por los mares, la escuadra española entró en Cádiz (1805) y su almirante decidió esperar allí a que se presentara la escuadra inglesa, mandada por el almirante Nelson.

Reunidos en Cádiz los almirantes francés y español con sus Estados Mayores, Villeneuve, a pesar de haber enviado Napoleón la orden de sustitución del mismo, quiso que las escuadras salieran al encuentro de la inglesa. Gravina optaba por esperar dentro de la bahía de Cádiz; pero el almirante francés se mostró tan decidido en su proyecto, que el 20 de octubre salió de Cádiz la escuadra aliada, constituida por 33 navíos de línea.

Al siguiente día se avistaron las escuadras enemigas cerca del cabo Trafalgar, y prodújose un violentísimo combate, desfavorable ya desde sus inicios para las armas francoespañolas. En la batalla murió el almirante inglés Nelson y el almirante español Churrua, y a causa de las heridas recibidas falleció luego en Cádiz el almirante Gravina. En este tremendo y desgraciado combate sucumbió la mejor parte de la flota de guerra española.

Godoy continuaba siendo árbitro de los destinos de España y aun de la voluntad de Carlos IV, y estaba disgustado con Francia por no haber tenido éxito las campañas realizadas conjuntamente y porque Francia no había cumplido su promesa de entregar a España la mitad de Portugal, según lo convenido. Por otra parte, la absorbente injerencia de Godoy había producido hondos disencimientos entre el rey y su esposa, por una parte, y el príncipe Fernando, heredero del trono, por otra; este último tal vez influí-

do, en buena parte, por su antiguo preceptor, don Juan Escóiquiz, canónigo que había sido de Zaragoza.

Como resultado de los fracasos pasados, Godoy iba inclinándose cada vez más por Inglaterra, y el príncipe Fernando parecía buscar la amistad de Napoleón Bonaparte. Este último, para engañar a Godoy y separarle de su alianza y simpatía por Inglaterra, ofrecióle conquistar Portugal y repartirse luego este país en la forma siguiente: una parte, para los reyes de Etruria, cuyos Estados había ocupado Napoleón; otra, que se llamaría reino de los Algarbes, para Godoy, y la parte norte de aquel país quedaría para Francia o para Carlos IV. Pero, en el fondo, Napoleón aspiraba, sobre todo, a unir España a Francia y a poner en el trono español a un individuo de su familia, como comprobaron los hechos después.

Con el pretexto de conquistar el reino portugués, en febrero de 1808 comenzaron a invadir España algunos ejércitos napoleónicos. De primer momento ocuparon San Sebastián, el castillo de Pamplona, el de Figueras y Barcelona y su castillo de Montjuich.

La corte de Carlos IV, intranquila ante estos hechos, no acertaba a comprender los verdaderos objetivos de los planes de Napoleón. Tanto era así, que el rey mismo envió a uno de sus oficiales a Barcelona para que procurara enterarse, con los jefes de las tropas francesas entradas, del verdadero objetivo de aquellas expediciones.

Entretanto, las fuerzas francesas, a las órdenes de Murat, cuñado del emperador, se acercaban a Madrid, y éste establecía su cuartel general en El Escorial. Al acercarse estas tropas a la corte, Carlos IV quiso marchar a Sevilla o a América, y, al saberse esta noticia, el pueblo madrileño creyó que esto era una nueva añagaza tramada por Godoy, y, enfurecido, asaltó la casa de este político, rompió los muebles y les pegó fuego, y Godoy pudo salvarse de este tremendo peligro refugiándose en el desván de su casa y escondiéndose en un grueso rollo de esteras.

Carlos IV, presa de creciente temor ante los acontecimientos, reunió a sus consejeros juntamente con su hijo, y ante la mani-

festación o criterio exteriorizado por algunos de los reunidos de que se hacía necesaria la abdicación del rey, éste mismo puso la corona en las sienes de don Fernando. Al día siguiente, en un Decreto confirmaba su abdicación, y en otro exoneraba a Godoy. Este político fué detenido por los franceses; pero a poco el mismo rey y la reina escribían a Murat rogándole lo pusiera en libertad.

El 24 siguiente hizo su entrada en Madrid como rey de España don Fernando, y el pueblo le acogió con grandísimo entusiasmo, tal vez por creer que con él se podría hallar remedio a tantos conflictos y a tantos posibles peligros, como vislumbraba sagazmente como próximos la opinión del país. Murat, sin embargo, no quiso reconocerlo como tal rey, y, pretextando se hallaría más cerca de Palacio, pasó a ocupar la casa en que hasta entonces había vivido Godoy (el edificio que después fué antiguo Ministerio de Marina).

Este conflicto familiar de la familia real española, Napoleón se dispuso a explotarlo a su favor. Para ello envió a Madrid al general Savary para que manifestara a don Fernando la necesidad de que se avistara con Napoleón, quien le recibiría en Burgos o en Vitoria; pocos días después recibió don Fernando una carta del emperador al mismo objeto. El rey, excesivamente confiado y contra el parecer de algunos de sus consejeros, salió de la Corte para entrevistarse con Napoleón, dejando en Madrid como regente a su tío paterno, el infante don Antonio.

Al llegar don Fernando a Vitoria recibió una nueva misiva de Napoleón diciéndole que lo esperaba en Bayona. Llegados allí el rey y su séquito, el emperador manifestó a Escóiquiz que Francia no podía consentir que los Borbones reinaran en España, y que él daría a don Fernando, en cambio, el reino de Etruria. Escóiquiz le replicó que era imposible tal proyecto, y Bonaparte le contestó que ya trataría de ello con los padres de Fernando, a quienes llamaba seguidamente.

Murat comunicó a Carlos IV el deseo del emperador de entrevistarse urgentemente con él, y éste, antes de partir para Bayona con su esposa, dijo a la Junta del reino que la abdicación

que había hecho en su hijo había sido forzada. Llegados a Bayona, se reunieron ante el emperador juntamente con don Fernando, y en dicha reunión don Carlos y María Luisa exigieron de su hijo la renuncia a la corona de España. Este, con la salvedad de que tal renuncia había de ser aprobada en su día por las Cortes, renunció a la corona de España en la persona de su padre, y éste, seguidamente, en Napoleón. Fué realmente todo ello un acto insólito y vergonzoso.

El día 2 de mayo quiso Murat que salieran de Madrid el infante don Francisco y la ex reina de Etruria, últimos miembros de la familia real que quedaban en la corte. El pueblo madrileño, que ya hacía días iba viendo bien claro los verdaderos propósitos de Napoleón en relación a la familia real española, como preludio obligado a sus ambiciones en relación a España, que cada día sufría nuevos desplantes por la ocupación francesa, quiso oponerse a la salida de dichos personajes; pero las fuerzas francesas repelieron a tiros el tumulto, y ocasionaron muchas bajas entre el pueblo. Este reaccionó con violencia inusitada y atacó con coraje a las fuerzas invasoras, haciendo en ellas grandes estragos, y a las que costó bastante poder dominar aquel heroico y desesperado levantamiento popular.

Napoleón, ya sin careta y dispuesto a jugar fuerte en los asuntos de España, nombró rey a su hermano José. El pueblo español se sintió fuertemente ofendido en sus sentimientos y en su independencia, y comenzaron a levantarse ciudades y pueblos, dispuestos a repeler con todas sus fuerzas y con admirable bravura la injerencia y la ocupación napoleónica en España.

Las tropas francesas, reclutadas en los más varios países de Europa, contaminadas, parte de ellas, por las exageraciones doctrinales de la Revolución Francesa, eran miradas por los sencillos españoles de aquella época como contrarias a los más íntimos sentimientos religiosos de los habitantes de nuestro país. Esto, unido a la explosión del sentimiento patrio, fueron las causas más importantes entre las que determinaron el levantamiento airado y unánime del pueblo español contra las fuerzas invasoras.

CAPÍTULO IV

NAPOLÉON Y ESPAÑA

NAPOLÉON, con respecto a España, alimentaba miras ambiciosas de dominio; pero para lograr su finalidad no supo distinguir entre un monarca débil y un Gobierno inèpto, por un lado, y un pueblo viril, lleno de lealtad y bravura, altanero e indómito y enemigo de todo servilismo, por otro.

Puede decirse què ya desde los tiempos de Luis XIV, Francia venía intentando unir la nación española al carro de la suerte del imperio francés. Pero poco habían conseguido los franceses a estè efecto, porque España rehusó siempre tal unión. Napoleón ambicionó solucionar definitivamente este asunto.

Exacerbó el ánimo del emperador el ver que España se negó a reconocer a José Bonaparte como røy de Nápoles, cosa ciertamente explicable, ya que para encumbrar a José al trono napolitano fué destronado Fernando IV, que era hermano del rey de España; però Napoleón no quiso promover el caso de España hasta que tuviera las manos algo más libres en los intrincados conflictos què sostenía en Europa. Entretanto, el emperador dirigió sus actividades a acentuar las desavenencias que existían entre Godoy y el príncipe de Asturias (más tarde Fernando VII).

Para predisponer bien a Carlos IV en favor suyo le prometió extender los dominios españoles por tierras de Portugal, y para congraciarse con Fernando VII le prometió que anularía èl poder de Godoy, que actuaba entonces en España como si realmente

fuera él el príncipe de Asturias. Y aun Godoy, a su vez, confiaba en que el emperador pudiera darle a él el cetro de España y ayudarle decisivamente en las tareas de levantar las posibilidades y energías del pueblo español.

En estas tareas de lo que podríamos llamar baja política, Napoleón interesó del Gobierno de España que interpusiera su influencia con la casa de Braganza para que Portugal renunciara a su alianza con Inglaterra, concertándose que, caso de que Portugal no se prestara a ello, España se uniría a Francia para lograr con violencia lo que pacíficamente no pudiera ser logrado.

Sucedieronse numerosas incidencias en el transcurso del tiempo, y al final decidió Napoleón llevarse a Francia a la familia real española, sin duda para presionarla mejor, y la cual cayó ingenuamente en este lazo que se le tendía; pero el pueblo español no se dejó convencer por apariencias y engaños y adivinó que algo muy terrible para nuestra patria se iba tramando en la mente del emperador.

Los hechos posteriores fueron comprobando con cuánta sagacidad y justeza el pueblo español supo ver, con visión profética, lo que aparentaron ignorar, o ignoraron totalmente, su Gobierno inepto y su soberano débil y vacilante.

Inglaterra, al ver a los españoles levantarse bravamente en armas contra Napoleón y luchar heroicamente, simpatizó y ayudó la noble causa de España, y aquí vinieron tropas y generales ingleses a prestar su esfuerzo para sacudir de nuestra patria el yugo con que intentó atenazarla la ambición desmedida de Bonaparte.

CAPÍTULO V

ALVAREZ DE CASTRO

EL general Alvarez de Castro nació en la ciudad de Granada el 8 de septiembre de 1749. Descendía de una ilustre familia de Castilla la Vieja, avecindada en Burgo de Osma. Parece que figuró entre sus antepasados aquel magnate castellano que llamóse Ferrán Ruiz de Castro, el cual acaparó, según reza el epitafio de su tumba, «toda la lealtad de Castilla». Y también perteneció a su familia aquella intrépida Antonia García, llamada *la Plebeya de Toro*, que se hizo famosa en tiempos de los Reyes Católicos por su decidida y valiente actuación en pro de ellos y contra el rey de Portugal.

Fueron sus padres don Francisco Alvarez González Bermúdez de Castro y doña Apolonia López Aparicio.

Según el historiador Gómez de Arteche, quien dice haberlo sabido de unos familiares de Alvarez, éste fué en su infancia de complexión muy endeble y enfermiza, tal vez por no haberle podido lactar su madre, a la sazón enferma, el tiempo requerido y haber venido que confiarlo a los cuidados de una sirvienta.

Huérfano de padre a la temprana edad de cinco años, fallecido éste por tener muy precaria su salud y aun agravada por exagerados ayunos y agotadores cilicios a que le llevaba su extraordinario misticismo, fué enviado a Soria y luego a Burgo de Osma al cuidado de un tío suyo.

Reuniósele pronto su madre, y esta señora, aun con su natu-

raleza enfermiza, supo educarle bien, haciéndole celoso guardador de sus deberes, pundonoroso y patriota. Fué su madre señora de alto espíritu, y ella modeló el carácter de Alvarez, y éste heredó de ella la fuerte fibra de su inquebrantable temperamento.

Alvarèz, adolescente, pareció reflejar el misticismo que tanto caracterizó a su padre; se mostraba fèrvidamente religioso, y parece ser que titubeó en su mocedad entre ingresar en un convènto o dedicarse al ejercicio de las armas. Esta última tendencia fué la que sè manifestó al fin más pujante, y Alvarez ingresó en 1768, a los dieciocho años, como cadetè en el Cuerpo de las Reales Guardias de Infantería Española.

Después de los estudios necesarios, y ya incorporado al Ejército, èn 1778 fué promovido a alfèrez del regimiento de Guardias españolas. Había cursado sus estudios en la Academia barcelonesa de aquel prestigioso Cuerpo, obteniendo favorables calificaciones.

Fué destinado luego al campo de San Roque, al sitiar las tropas españolas y francesas la plaza de Gibraltar (1779-1783), y, encontrándose allí, recibió la triste noticia del fallecimiento de su buena madre; fué esta dèsgracia un terrible golpe para él; però, sobreponiéndose a su dolor, y aun cuando sus jefes le manifestaron que podía tomarse unos días de permiso, él nègóse a ello, dispuesto a cumplir sièmpre con su deber y sabiendo anteponer a su justo dolor de hijo el deseo vehemente de servir a la patria.

Como militar, y visto el fracaso de aquella tentativa guerrera, doliósè de los tristes resultados derivados de aquella desgraciada campaña.

Asistió luego a la guerra con Portugal hasta la paz de Villaviciosa, siendo nombrado gobernador político y militar de Portalegre (población portuguesa de la provincia de Alentejo y situada cerca de la frontera española).

En 1779 había sido rēcibido en Sevilla como caballero de la Orden de Santiago, vistiendo el honroso traje de aquella Orden.

En 1783 fué ascendido a teniente, y algo más tarde, ya capitán, ejerció en Madrid el cargo de profesor en la Academia que el coronel duque de Osuna fundó en la villa y corte. Posteriormente

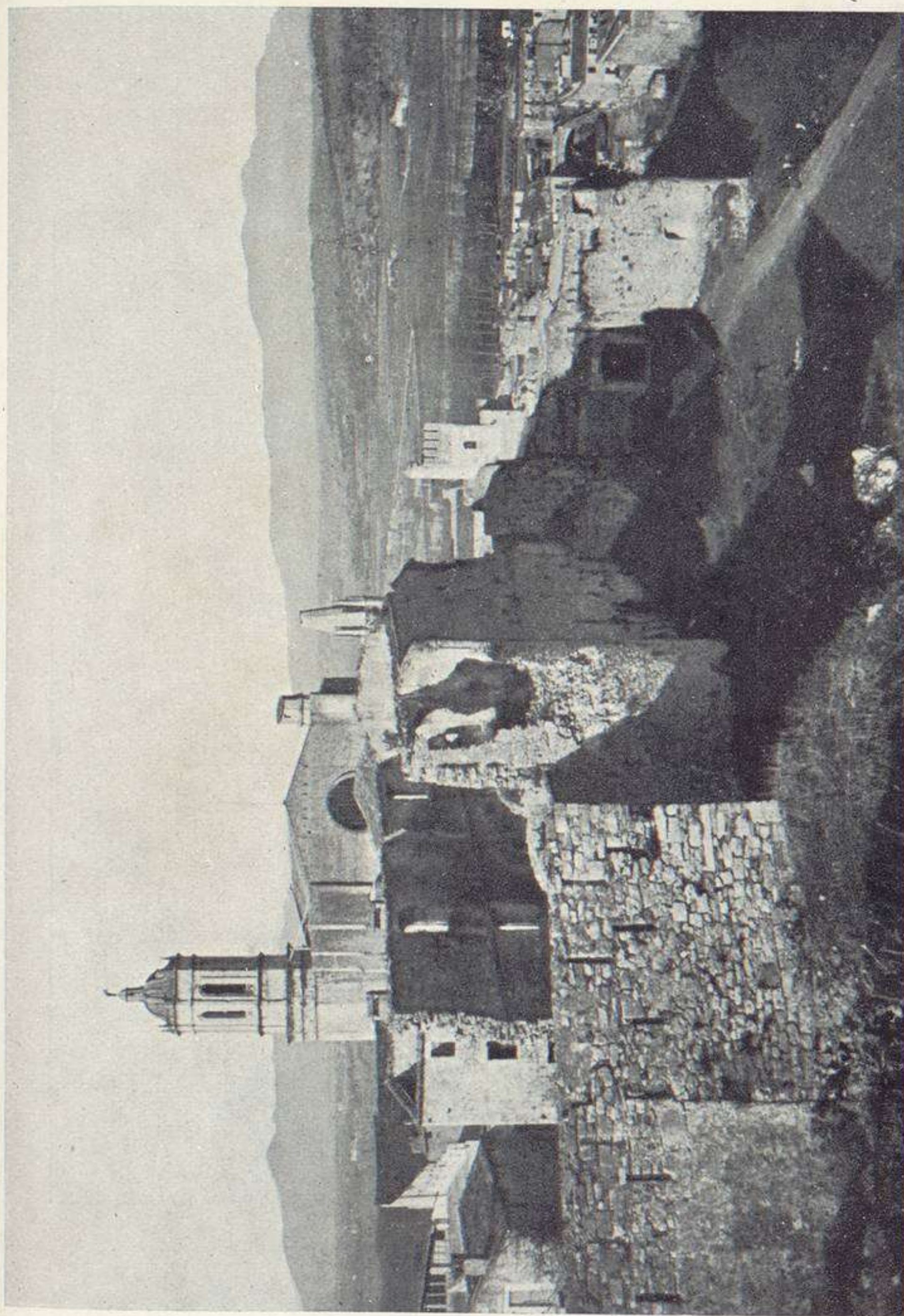
tomó parte activa en la campaña de 1793 contra Francia, a las órdenes del general Ricardos. En la defensa de Bouleau, los franceses lograron apoderarse del reducto de Ceret, que defendía la brigada auxiliar portuguesa del general Forbes; pero los batallones españoles de Guardias Reales recobraron dicho reducto, y Alvarez, con sólo su compañía, rechazó un fuerte ataque de una columna de 600 franceses. Asistió también a las acciones de Arlés, Ribesaltés y Truillás, distinguiéndose especialmente en el sitio y rendición de Colliure, donde recibió una grave herida.

En 1794 fué promovido al grado de coronel, y en 1795, a brigadier. Estuvo luego un tiempo de gobernador en la plaza de Alegrete, y fué tan cumplidor en aquel gobierno, que el Ayuntamiento de aquella población, al agradecerle su extremado celo en el desempeño de su cargo, le llamó «honor de las armas españolas».

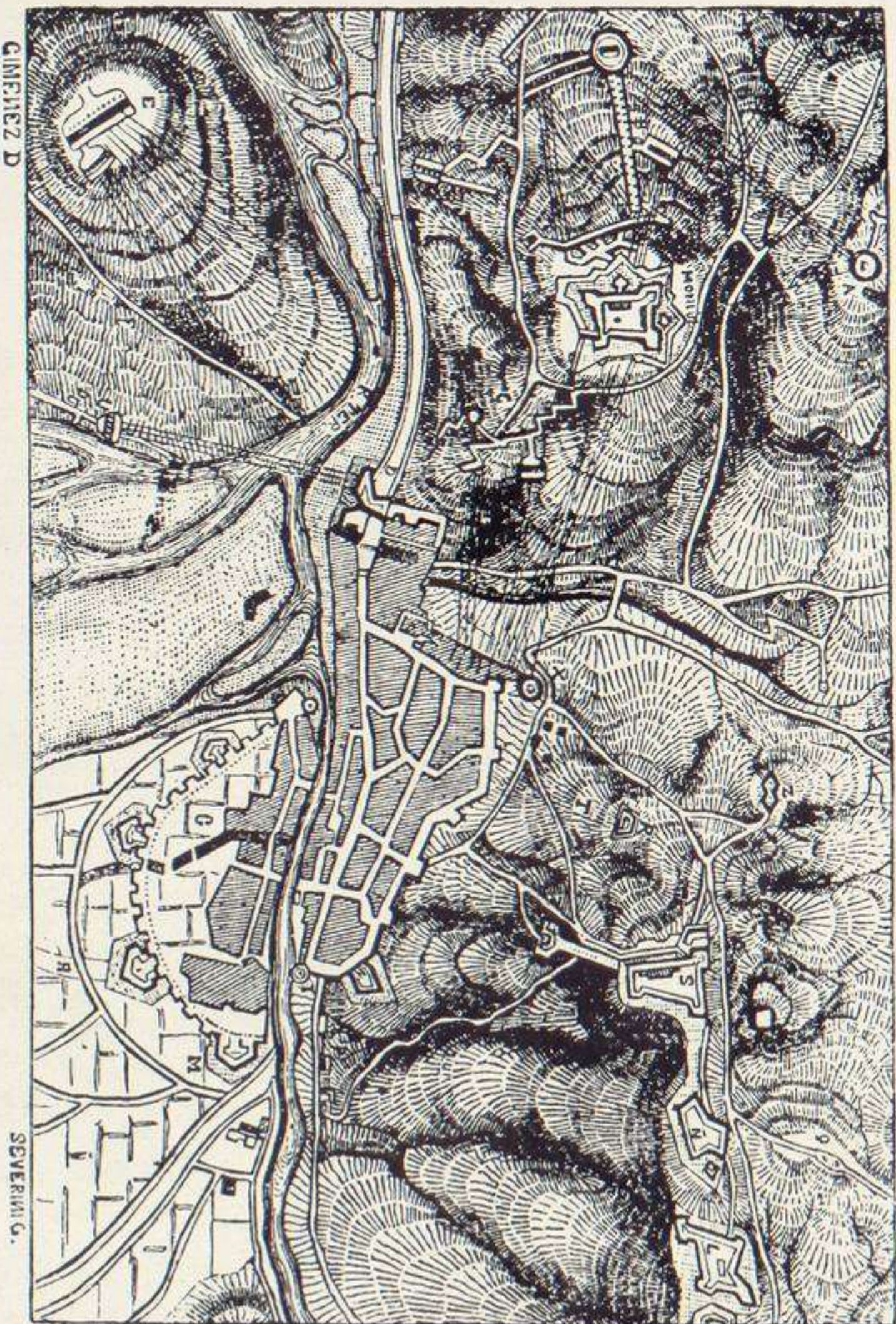
En 1808 estaba en Madrid, y después del trágico y glorioso 2 de mayo huyó de la corte y pasó a Barcelona, para buscar en Cataluña un puesto desde el cual pudiera servir y defender a la patria amenazada. Fué entonces designado gobernador del castillo de Montjuich, en la ciudad condal, y cuando el general Milosewitz, de las tropas de Bonaparte, pasó a ocupar aquel castillo, de orden del general en jefe Duhesme, Alvarez rehusó enérgicamente hacer entrega del fuerte. Por más esfuerzos que hicieron los franceses no pudieron doblegar la enérgica resolución de Alvarez, y tan sólo transigió y les entregó la fortaleza al recibir la orden terminante del general conde de Ezpeleta, capitán general de las fuerzas del Principado.

Este hecho hizo gran mella en el ánimo de Alvarez de Castro; dice Vacani que en el momento de la entrega manifestóse completamente huraño y callado, rehusando las expresiones lisonjeras que le dirigían los ocupantes franceses y mostrándose como un hombre sobre quien pesan agitados sentimientos y que esconde en su corazón un rencor profundo e intenso.

Retiróse al salir de Montjuich al convento de Santa Catalina, de Barcelona, y a comienzos de 1809 pasó a Gerona.



Ruinas de Alemanes y muralla de San Cristóbal



Plano de Girona.

A Torre de San Daniel
B Idem de San Luis
C Idem de San Juan.
D Puerta de Francia.
E Monteverde.
F Casa Requel.

G Mercadal.
H Santa Clara.
I Torre Galligans.
J Puerta de San Pedro.
L Capuchinos.
M Baluarte de San Francisco

N La Merced.
N Reina Ana.
O Torre y puerta del Càrmen.
O La Mónica.
H El Capitol.
S Condestable.

T Gironella.
V S.^a Pons.
X Torre Gironella.
Z El Calvario.

Plano y defensas de Girona en 1808-1809

CAPÍTULO VI

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE ALVAREZ

FÍSICAMENTE, Alvarez era de mediana estatura, tez más bien morena, mirada firme, enjuto de carnes, color un tanto cetrino y aspecto algo demacrado.

Blanch e Ylla (1) dice, respecto a su figura, lo siguiente: «La cabeza, más bien pequeña que grande, llevando generalmente el cabello, a la sazón canoso, inclinado sobre la frente; la cara, oval y sin pelo; el color, trigueño; los labios, algo carnosos; el pómulo izquierdo, un poco más abultado, de resultas de una fuerte contusión recibida en una acción de guerra; era algo delgado de cuerpo, y su andar, resuelto.»

Su posición, en relación a la invasión napoleónica, queda reflejada en el siguiente sucedido en 2 de diciembre de 1808, en el vecindario de La Bolla, junto a Flassá. Pasó allí revista a unas tropas, juntamente con el general señor Marqués de Lazán, y pronunció después las siguientes palabras, dirigidas a unos sacerdotes allí presentes:

«Señores: Es preciso que vuestras mercedes exhorten y animen al pueblo para resistir a las fuerzas enemigas, si queremos salvar los altares, pues ya saben vuestras mercedes, como ministros del Señor, que deben procurar la defensa de su causa, de nues-

(1) *Crónica de la provincia de Gerona* (1866).

tro católico monarca, don Fernando VII, que Dios guarde, y de la patria. Así lo esperamos de vuestras mercedès, y Dios nos ayudará para salir victoriosos.»

Hombre modesto y profundamente religioso, don Mariano Alvarez González de Castro y López Rodríguez de Aparicio llevaba ya cuarenta años de servicio en las filas del Ejército cuando se posesionó del mando de la ciudad de Gerona.

Al encargarse de este gobierno, Gerona había rechazado victoriosamente la primera tentativa realizada por los franceses para apoderarse de la ciudad; y Alvarez, al ser encargado de su defensa, dió seguidamente disposiciones para que fueran demolidas las casas que se levantaban cerca de la parte exterior de las murallas y talados los árboles de los alrededores de la ciudad que pudieran favorecer la aproximación del enemigo a la plaza. Y todo ello lo ordenó con decisión y aire resuelto, sin excepción alguna para nadie, por encumbrado que estuviera.

Su nombre y sus títulos eran los siguientes, según reza el encabezamiento de la alocución que dirigió a los gerundenses en 1.º de febrero de 1809: «Don Mariano Alvarez de Castro López González del Pino Troncoso de Lira y Sotomayor, tercer caballero del hábito de Santiago, brigadier de los reales Ejércitos, capitán de Realès Guardias de Infantería Española, gobernador militar y político de esta plaza y de sus fuertes, subdelegado de Rentas Reales, comandante general de la Vanguardia del Ejército de Cataluña y tropas del Ampurdán y presidente de la Junta de Gobierno unida con la de Figueras.»

En cuanto a las características morales y de temperamento del general, las iremos ofreciendo a la consideración de los lectores en el decurso de los siguientes capítulos de este libro.

CAPÍTULO VII

LAS DEFENSAS DE GERONA

VEAMOS ahora sucintamente el escenario en que se desarrollaron las actividades de Alvaréz de Castro, en Gerona.

Cuando comenzaron a entrar en España, por la frontera de Cataluña, algunas tropas francesas bajo el pretexto de que iban de paso a Portugal, el general Duhesme ordenó al general de Ingenieros Marescot, a su paso por Gerona, que examinara las fortificaciones de la ciudad y que le elevara un informe detallado sobre la importancia y solidez de las mismas. Marescot, después de verlas, comunicó a Duhesme que el valor militar de las mismas era prácticamente nulo, y que su debilidad era manifiesta. Tan poco valor debió de concederlas Duhesme, que no dejó en Gerona ni una pequeña guarnición. Este extraordinario error de aquellos generales franceses facilitó mucho la ulterior defensa de la ciudad por parte de los patriotas gerundenses.

Duhesme no debió de contar con que para la defensa heroica de una plaza, tanto como la abundancia y poderío de los armamentos y la solidez de las fortificaciones, cuenta el temple y el valor de sus defensores.

La plaza, además de su recinto de murallas, menospreciadas por el mando francés, contaba con once fuertes exteriores, entre grandes y pequeños, incluido en este número el castillo de Montjuich, que era el mayor. Para la defensa del extenso perímetro de las murallas de la ciudad y para la de los fuertes sólo contaba la

plaza, en junto, con unas 200 piezas de artillería, y las fuerzas que inicialmente la defendieron, cuando los primeros ataques de Duhesme, consistían sólo en poco más de 300 soldados del regimiento de Ultonia, con más el paisanaje, número que, al iniciarse el tercer sitio, por refuerzos llegados y por participar en la defensa la mayor parte de los gerundenses, pudo elevarse a poco más de dos mil soldados, y tres mil entre voluntarios de Barcelona y de Girona y cuerpo de migueletes de Vich. Entre las fuerzas organizadas en la ciudad figuró también el escuadrón llamado de San Narciso, que a primeros de mayo contaba con 108 caballos.

Un río de poco caudal, el Oñar, afluente del río Ter, al cual se une por la parte norte de Girona, divide la ciudad gerundense en dos partes. Cada una de estas partes estaba rodeada de murallas, formando en conjunto dos recintos, que se unían mediante un macizo puente de sillería, llamado de San Francisco, y por algunas pasaderas de madera.

En el circuito de murallas de la parte derecha del Oñar, que es el que contiene la ciudad alta, se abrían en la muralla siete puertas: las llamadas del Areny, junto al río; del Socorro y de San Cristóbal, en la parte más elevada; de San Pedro, en la parte Este; de Santa María o de Francia, en la parte Norte, y de la Barca, en la parte Oeste.

En el recinto del Mercadal, que es el situado a la izquierda del río, se abrían dos puertas: la de Figuerola, en la parte Norte, y la de Vila, en la parte opuesta, junto al río.

En la cima de la montaña de las Pedreras, que forma a manera de una corta sierra, se sucedían, en sentido de Este a Sur, los fuertes llamados del Calvario, del Condestable, de la Reina Ana y de Capuchinos; entre estos fuertes y la muralla de la ciudad había los reductos llamados del Cabildo y de la Ciudad; pegados a la muralla se sucedían los baluartes del Carmen, al Sur; de Sarracinas, al Este, y de Santa María, al Norte. Y junto al arco que formaba la muralla del Mercadal, por su parte Oeste, se sucedían, en sentido de Norte a Sur, los baluartes de Figuerola, Santa Cruz, Gobernador, Santa Clara y San Francisco,

Entre los ríos Ter y Guell, en la parte noreste de la Dehesa, existía, y se conservan aún sus restos, el pequeño baluarte de Bournonville.

En la parte norte de la ciudad, en la cima de un extenso y no muy alto monte, existía el más importante fuerte de Gerona, el llamado de Montjuich. Afectaba forma cuadrangular, con lado exterior de unos 160 metros. Estaba provisto de baluartes en sus ángulos y de un rebellín por su parte Norte; y como bastiones avanzados del mismo levantábanse en la misma montaña en que está asentado el fuerte las torres de San Juan, de San Daniel, de San Narciso y de San Luis.

Estas murallas gerundenses y estos fuertes exteriores, de condiciones castrenses tan medianas, fueron los lugares en que tuvo lugar la porfiada y heroica defensa de la ciudad. Y ellos fueron el escenario que el general Alvarez, como jefe de la defensa de Gerona supo sublimar con su entereza, su energía y su indomable resistencia.

CAPÍTULO VIII

ALZAMIENTO DE GERONA Y PRIMERO Y SEGUNDO SITIO

LA invasión que iban realizando las fuerzas napoleónicas por el norte y centro de España iba produciendo en el ánimo de los españoles hondo desagrado y progresiva irritación.

En varias ciudades y pueblos de España, esta tensión del ánimo, contenida durante mucho tiempo, se desbordó al fin, y, estallando su indignación, se levantaron en armas contra el invasor, al grito de «¡Viva la independencia española!».

Gerona no fué de las ciudades más remisas en esta explosión de patriotismo, y el día 5 de junio, las fuerzas vivas de la ciudad y el paisanaje acudieron al Ayuntamiento pidiendo que la ciudad se levantara en armas contra Napoleón. Los congregados ante el Ayuntamiento reclamaron que las autoridades se pusieran al frente de este movimiento popular, y éstas accedieron a ello. Los pueblos del corregimiento secundaron en su mayoría esta decisión de los gerundenses, y levantóse el Somatent para luchar y oponerse al avance de las fuerzas invasoras.

Duhesme, que mandaba las fuerzas de invasión de Cataluña, se dió cuenta de la importancia que podía tener, para la seguridad de dichas tropas y de sus comunicaciones con Barcelona y Francia, el alzamiento de la ciudad de Gerona y de sus comarcas, y para evitar los contratiempos que todo ello suponía, decidió ocupar seguidamente Gerona.

El 17 de junio de 1808, Duhesme salió de Barcelona para

Gerona con varias fuerzas para ocuparla, y llegó ante esta ciudad el día 20, apoyando su vanguardia en las alturas de Palau Sacosta, pueblo vecino a Gerona.

En la ciudad, con anterioridad a este peligro de las fuerzas francesas, habían ocurrido hechos de cierta importancia y muy sintomáticos. El pueblo había manifestado ostensiblemente su oposición a la manera como hasta entonces sus autoridades habían tratado a las tropas francesas a su paso por la ciudad, acogiéndolas amigablemente. Constituyóse una Junta de Defensa, y fué reemplazado el anciano gobernador, don Joaquín Mendoza, por el coronel y teniente de rey don Julián de Bolívar. En las murallas y en los fuertes se hicieron con gran actividad y urgencia trabajos de reparación y mejora de las defensas, y toda la población trabajó afanosamente en dichas obras; fueron almacenados víveres para que la plaza pudiera sostenerse un tiempo, caso de ser sitiada; reparadas varias piezas de artillería en mal estado y limpiados los fosos y rellenados los terraplenes de los baluartes y murallas.

El primer ataque de Duhesme a las defensas gerundenses fracasó por completo; pero en la ciudad todos comprendieron que se trataba sólo de una tentativa para apreciar la resistencia de Gerona, y todo el mundo sabía bien que el general francés no cejaría en su empeño y que volvería con efectivos mayores y medios ofensivos más poderosos, como realmente así fué.

Gerona, en este intervalo, fué completando sus preparativos de defensa, y recibió como refuerzo el segundo batallón de voluntarios de Barcelona.

Vuelto a presentarse el Ejército francés ante los muros de Gerona, provisto de artillería más potente que la vez primera, atacó la plaza por diversos sectores de la misma; pero obtuvo el mismo negativo resultado que la vez primera. Y por juzgar la conquista más laboriosa que en los primeros momentos supuso, o por atender a otras actividades más preñadas, lo cierto es que los franceses se alejaron de Gerona por segunda vez, produciendo su retirada grandísimo entusiasmo en la ciudad.

La guerra de la Independencia fué, por encima de todo, una

lucha sentimental. Los españoles se lanzaron a ella sin fijarse en la potencia de sus propios medios, muy limitados por cierto, ni en la impresionante exuberancia de los medios del contrario. Pero, a pesar de la patente debilidad de las posibilidades de los españoles en aquella epopeya, ya Mr. Pitt, prestigioso escritor inglés, conocedor del temple del alma española, vaticinó que nuestra patria contribuiría eficazmente, con sus luchas desiguales, a la destrucción y ruina del coloso bonapartista.

CAPÍTULO IX

ALVAREZ, GOBERNADOR DE GERONA

ALVAREZ recibió el mando de la vanguardia del ejército de la derecha, establecida junto al río Fluviá, y tuvo por misión observar los movimientos del 7.º Cuerpo francés, mandado por el general Gouvion Saint-Cyr, al que se le había encargado de romper el bloqueo en que estaba entonces Duhesme, en Barcelona. Saint-Cyr comprendía sin duda lo difícil que le resultaría el cumplimiento de su cometido, y, establecido al norte de la provincia de Gerona, iba dejando pasar tiempo, aguardando a que se rindiera Rosas, cuya población era atacada por las divisiones de Pino y de Reille.

El día 24 de noviembre, las fuerzas de la vanguardia española atacaron, con éxito dudoso, a las fuerzas de la división francesa mandada por Souham, apostada junto al Fluviá. No se precisa bien la finalidad de Alvarez al atacar, como no fuera tantear las fuerzas de dicha división, pues en modo alguno podía abrigar esperanzas fundadas de romper las líneas francesas y socorrer a Rosas, dados los reducidos efectivos de sus tropas.

Una vez rendida la plaza de Rosas, viendo Saint-Cyr cubiertas entonces sus espaldas, pudo empezar su marcha hacia Barcelona, aun contando con los obstáculos que podían ofrecérsele. Amenazó atacar a Gerona, con lo cual consiguió que las fuerzas de Alvarez y otras varias se encerraran en la ciudad para mejor defenderla; pero antes de avistar sus fuerzas la ciudad torcieron

hacia La Bisbal, desde donde se dirigieron a Hostalrich, San Celoní, Granollers, Moncada y Barcelona, soslayando así las defensas de Gerona y realizando una marcha estratégica, que muchos tratadistas militares han calificado de genial y han elogiado cumplidamente.

Establecido Alvarez en Gerona, fué ascendido luego a mariscal de campo y quedó al mando de la guarnición de la ciudad. En 30 de enero de 1809, el general don Teodoro Reding, desde Tarragona, le nombró gobernador militar interino de Gerona y comandante de la división y vanguardia del ejército de Cataluña, debiendo suplirle, en las posibles ausencias de la plaza, el brigadier don Julián de Bolívar.

En Gerona se temía que de un momento a otro volverían a presentarse los franceses para intentar tomar la plaza, y en la ciudad y en sus fuertes se hacían con urgencia reparaciones y mejoras; pero pasaba un mes, y otro mes, y otros, y las tropas francesas no aparecían.

Pero Saint-Cyr, que en apariencia no le interesaba Gerona y que atacaba a fuerzas españolas en Molins de Rey y Valls, no olvidaba en modo alguno su proyecto de tomar la plaza, así que los trabajos de organización de fuerzas suficientes para ello se lo permitiera. Y ello ocurrió en mayo de 1809.

Alvarez, al posesionarse del mando de la ciudad, imprimió la máxima actividad en la mejora de las defensas de la misma: fueron cegados los márgenes de los caminos de los alrededores de la plaza, a fin de que no pudieran ofrecer cobijo a los posibles asaltantes; fueron demolidas las casas, en la parte exterior de las murallas, hasta una distancia de 400 metros de las mismas, y fueron dispuestos depósitos de pólvora y un local para fabricar municiones.

El primer edicto publicado por Alvarez como gobernador de Gerona hacía referencia al trato que había que dar a los oficiales y soldados que pudieran desertar de las filas del enemigo, y está fechado en Gerona, a 6 de febrero de 1809.

Alvarez abrigaba la esperanza de que en la ciudad de Gerona

podría afianzarse la resistencia contra los franceses, con lo cual podría darsē tiempo a que se preparasen fuerzas para librar la plaza, primero, y asestar duros golpes a las fuerzas invasoras, después.

Las derrotas que habían sufrido las fuerzas napoleónicas en el Bruch y en Ordal hacían abrigar confiadas esperanzas a los patriotas gerundenses y, posiblēmente, también al general Alvarez.

CAPÍTULO X

EL TERCER SITIO DE GERONA

EL tercer sitio de esta ciudad, que iniciaron poderosas fuerzas francesas a primeros de mayo, había de demostrar al mundo el alto espíritu de resistencia y de heroísmo de los defensores de la ciudad y había de sublimar, hasta el sacrificio, la figura del general Alvarez de Castro.

El general Reille, que anteriormente había conseguido rendir la plaza de Rosas, fué encargado por Saint-Cyr de dirigir las operaciones del tercer sitio de Gerona. Empezó a tomar posiciones alrededor de la ciudad, especialmente por la parte montañosa, disponiendo para ello de 15.000 hombres y de poderosa artillería.

A mediados de mayo sucedió a Reille el general Verdier, y éste no intentó lanzarse a un ataque a fondo contra la ciudad, probablemente por no contar con fuerzas bastantes para ello, dado lo extenso del perímetro de la plaza y de las fortificaciones de la misma.

Verdier insistía cerca de Saint-Cyr para que le enviara más fuerzas, y aun cuando éste, al principio, no pareció hacer mucho caso de tal demanda, al fin le envió algo más de 3.000 hombres, pertenecientes a una división italiana, además de un buen contingente de artilleros.

El día 12 de mayo, una potente batería francesa de morteros, establecida en el llamado *puig d'en Roca*, en la parte noroeste de Gerona, y junto a la orilla izquierda del Ter, comenzó a lanzar

proyectiles contra la ciudad. Y muchas otras baterías le siguieron luego en esta destructora tarea. También era atacado el fuerte de Montjuich, y, después de rudos esfuerzos, los franceses consiguieron apoderarse de las torres avanzadas de dicho castillo, llamadas de San Luis y de San Narciso, y, más tarde, de las demás.

El conjunto de fuerzas con que contaba Alvarez para la defensa de Gèrona era de 5.615 hombres, y consiguió poner en servicio 196 bocas de fuego, entre cañones y morteros, aunque varios de ellos eran de antiguos modelos y de funcionamiento deficiente.

Para galvanizar la resistencia de los gerundenses y evitar en absoluto cualquier causa o desfallecimiento que pudiera llevar la debilidad o el desaliento a los defensores de la ciudad, el general Alvarez publicó, con fecha de 1.º de abril, su célèbre bando, en el cual hizo constar la confianza que tenía en el patriotismo y lealtad de los gerundenses; y para el caso de que alguien pudiera maquinar algo contra la moral colectiva que exigía la defensa de Gerona o contra el alto espíritu combativo de sus defensores, amenazaba con «pena de muerte a cualquier persona, sea de la clase o condición que fuese, que tuvièra la vileza de proferir la voz de rendición o capitulación».



Cuadro de la Rendición de Gerona, por Barrau



El gran día de Gerona (Cuadro de Álvarez Dumont)

CAPÍTULO XI

LA CRUZADA GERUNDENSE Y LA COMPAÑÍA DE MUJERES DE SANTA BÁRBARA

EN su buen deseo de que toda Cataluña contribuyera con la máxima eficacia a la defensa de Gerona, la Junta Central dirigió por Real decreto, en 28 de junio y desde Sevilla, una proclama a toda Cataluña, invitando a los catalanes a enrolarse en la Cruzada que, a semejanza de lo hecho en Extremadura, había de influir tanto en la lucha contra los franceses y había de facilitar, si la organización de la misma era rápida y eficiente, el liberar Gerona del sitio que las tropas napoleónicas habían establecido para apoderarse de aquella ciudad catalana.

En Gerona, el conocimiento de tal Real decreto produjo mucho entusiasmo, pues se creyó confiadamente que el ansiado y poderoso auxilio que la plaza necesitaba, no tardaría en recibirse. Ya con anterioridad, y con la autorización de Alvarez, se habían admitido muchos voluntarios de entre los vecinos de la ciudad, para aumentar con ellos el número de combatientes. Se alistaron sacerdotes, religiosos, estudiantes, próceres, menestrales, artesanos. Todas las clases sociales rivalizaban en querer figurar entre los individuos alistados, y la casa donde se alojaba el coronel del regimiento de Ultonia, que era el encargado de recibir las demandas, se veía constantemente invadida por patriotas gerundenses, deseosos de ser agregados al número de los defensores.

Formóse así la llamada «Cruzada Gerundense», la cual se organizó en ocho compañías, de un centenar de hombres cada una de ellas, al mando de un capitán, dos subalternos y cuatro sargentos, cada una.

La compañía de eclesiásticos seculares fué mandada por el capitán don Francisco Condom, canónigo de la Colegiata de San Félix. La de eclesiásticos regulares, por el capitán fray Manuël Cúndaro, de la Orden de San Francisco de Asís. La primera compañía de ciudadanos, por el capitán don Valentín Comas; la segunda, por don Antonio Befarrás; la tercera, por don Epifanio Eugenio de Ruiz; la cuarta, por don Ramón de Manresa; la quinta, por don Francisco Parés; la sexta, por don Francisco Rovira; la de reserva, por don Francisco Salvador de Delás; la de albañiles, por el paborde don Cipriano Almar, y la de carpinteros, por el paborde don Pedro Diví.

Alvarez no fué, en realidad, el iniciador de esta milicia ciudadana; pero apoyó eficazmente su constitución y recluta, y él mismo interesó del señor obispo el que los religiosos pudieran tomar las armas y figurar en ella, pues se trataba de la defensa de una noble causa en pro de los intereses de la religión y de la dignidad e independencia de España.

El 28 de junio, y ante la demanda que hicieron algunas damas gerundenses, Alvarez, de acuerdo con el general marqués de Coupigni, autorizó también la formación de la que fué llamada «compañía de Santa Bárbara», formada por valerosas mujeres gerundenses, cuya misión era recoger los heridos y proporcionar municiones y agua a las tropas en los baluartes y murallas, especialmente en los momentos de combate.

Las mujeres acudieron presurosas y entusiastas al llamamiento que se les hizo, y que, como antes indicamos, algunas de ellas habían previamente sugerido, afanosas de ayudar, en la medida de sus fuerzas, a la lucha que se entablaba con tan patriótico fervor por parte de los españoles todos.

Fué designada comandanta de esta compañía la esposa del capitán de Ultonia señor Fitz-Gerald, y mandaban escuadras en

ella doña Lucía Jonama, doña María Angela Bivern, doña Ramira Nouvilas y doña Carmen Custi.

Los individuos pertenecientes a la Cruzada Gerundense llevaban como distintivo una medalla con una cruz, la efigie de San Narciso, patrón de la ciudad, y el escudo de la misma. Las mujeres de Santa Bárbara llevaban una lazada de cinta roja en el brazo izquierdo, siempre que prestaban algún servicio.

Cuando se producía alguna alarma o se desarrollaba algún combate, estas mujeres se situaban, por escuadras, en distintos lugares de la ciudad, previamente fijados, a fin de poder acudir con prontitud donde sus servicios podían ser necesarios. Tales servicios fueron heroicos en alto grado, y lograban elevar incluso la moral combativa de los hombres que luchaban en los parapetos y murallas. Tanto fué así, que los mismos enemigos, como hacen constar en sus memorias, admiraron el arrojo de estas valerosas mujeres y afirmaban que bien podrían defenderse con bravura los gerundenses, cuando las mujeres de la ciudad un tal alto ejemplo de abnegación y de valor iban dando constantemente y sin medida.

CAPÍTULO XII

ACCIONES Y ACONTECIMIENTOS

Los trabajos de fortificación y emplazamiento de nuevas baterías por parte del ejército francés iban progresando de día en día, y algunos de los emplazamientos artilleros que el enemigo logró instalar constituían un positivo peligro por su excesiva proximidad, especialmente para el barrio de San Pedro.

Para procurar el alejamiento de tan peligroso vecindaje, Álvarez dispuso que el día 17 de mayo, por la mañana, saliera de la plaza una columna, la cual lo hizo por la llamada puerta de Francia y atacó vigorosamente y por sorpresa a los franceses instalados en el barrio extramuros de Pedret, junto al curso del Oñar. Las fuerzas españolas lograron desbaratar los trabajos que realizaba allí el enemigo para instalar una poderosa batería que había de batir el baluarte de San Pedro. Una vez realizada la proeza de su destrucción, las fuerzas volvieron a entrar en la plaza, «entre los aplausos del pueblo, que desde las terrazas de las casas y desde las torres miraba impaciente el resultado de aquella acción».

Con alternativas de violencia y de calma relativa transcurrió mes y medio, y el día 2 de julio, el general en jefe Saint-Cyr, por mediación del general Kirgéner, invitó a Álvarez a una conferencia, en la cual pudiera hacerle proposiciones de paz.

A esta invitación contestó Álvarez con el siguiente escrito: «Nada tengo que tratar con V. E.; conozco sobradamente sus intenciones, y, para lo sucesivo, sepa V. E. que no admitiré ni

tendré consideración a parlamentario ni trompeta alguno de su ejército. Esto lo digo a V. E. en contestación a su papel de hoy.»

Vista la negativa de Alvarez a entablar negociaciones, el enemigo procedió a instalar nuevas baterías y redobló el fuego de su artillería sobre el caserío y sobre los fuertes.

De éstos, el de Montjuich era el más fuertemente atacado y el que ofrecía a los gerundenses condiciones más difíciles para su defensa.

Por otra parte, en la ciudad comenzaba a sentirse, acuciante, el problema de la falta de víveres. El bloqueo había ido estableciéndose cada vez más eficaz; ya resultaba difícil que muchos pañeses pudieran burlar la vigilancia de las guardias francesas e introducir clandestinamente víveres en Gerona. De día en día el trabajo para alimentar la guarnición y a los habitantes se hacía más difícil, y había que acudir a disminuir las raciones, lo cual iba provocando cierto decaimiento en las fuerzas físicas de toda la población, y aun de la tropa. Esta depauperación provocaba a la vez un aumento en las enfermedades, que, sin ser alarmante por el momento, hacía temer que llegaría a serlo, si continuaba el bloqueo, cuando los primeros fríos añadieran una nueva complicación a las penurias del momento.

CAPÍTULO XIII

ABANDONO DEL FUERTE DE MONTJUICH Y ENTRADA DE UN CONVOY EN GERONA

LOS franceses, en reiterados ataques, consiguieron establecerse en el rebellín del fuerte de Montjuich; su artillería abrió amplia brecha en los muros del castillo, y la guarnición del mismo se veía sin protección ante el constante tiroteo del enemigo. Las comunicaciones del castillo con la ciudad se hacían de día en día más precarias, y todo ello hacía presagiar que la heroica resistencia del fuerte no podría ser prolongada por mucho tiempo.

Ante tal estado de cosas, Alvarez ordenó a los defensores de Montjuich, que extremaran su resistencia, pues había que evitar, hasta donde fuera posible, la caída del castillo en manos de los sitiadores.

Don Guillermo Nash, que era el gobernador del fuerte, agobiado por la creciente presión del enemigo, envió a Alvarez la notificación de que no podía resistir ya más. El general le contestó nuevamente que resistiera aún, mientras él determinaba lo que debiera hacerse. Pero toda resistencia tiene un límite posible, y así fue que, entre seis y siete de la tarde del día 11 de agosto, fue clavada la artillería del castillo, se puso fuego a la mecha para volar la pólvora y municiones, y la tropa desalojó el fuerte en perfecto orden y sin ser hostilizada por el enemigo, tal vez por quedar éste desorientado por una evacuación que no esperaba se realizara aún.

Cuando la columna de tropa procedente del castillo evacuado entró en Gerona por la puerta de San Pedro, una tremenda detonación ensordeció el espacio. Era la que correspondía a la explosión de las municiones almacenadas en el castillo.

Los jefes de Montjuich, Nash y Fournás, presentáronse a Alvarez pidiéndole que se les juzgara. El general les recibió de momento con gran dureza, reprochándoles no haber esperado sus nuevas órdenes. Ambos le manifestaron la imposibilidad absoluta de resistir más allí, y Alvarez se hizo cargo de todo ello y les confirmó en el ascenso que antes les había concedido.

Ocupado el castillo por los franceses, el general Verdier se hizo la ilusión de que la caída de Gerona, dado lo débil de sus murallas y el riguroso bloqueo a que estaba sometida, era ya cuestión tan sólo de pocos días; y así lo anunció al ministro de la Guerra francés, al darle cuenta de la ocupación del fuerte. Los hechos ulteriores, no obstante, debieron de convencerle de cuán equivocado anduvo en sus vaticinios.

En 1.º de septiembre, como consecuencia a una operación muy bien planeada por el ejército de Cataluña, y favorecido el curso de la última fase de la operación por una espesa niebla, logró entrar en Gerona un importante convoy, a las órdenes del general García Conde. Este feliz refuerzo recibió sembró de nuevo un confiado optimismo entre la población gerundense, la cual se hizo la ilusión de que, con los víveres entrados, mejoraría extraordinariamente la alimentación de los sitiados, y les comunicó nuevas esperanzas sobre su próxima liberación.

Por desgracia, la triste realidad les demostró bien pronto que buena parte del convoy tuvo que servir para abastecer a las mismas tropas que lo entraron en la ciudad, aun cuando permanecieron éstas en la misma el menor tiempo posible; y después de un ligero mejoramiento momentáneo en la dureza de los largos días de abstinencia pasados, volvió a planear sobre la ciudad la triste realidad de su infortunio.

Por parte de los franceses, y vista la desorganización que el ataque de García Conde produjo en sus filas, consideraron su

situación ante Gerona como seria, pues ignoraban la verdadera fuerza de que disponía Blake, jefe del ejército de Cataluña, para proseguir sus operaciones ofensivas. Pero los franceses, pasado ya el apuro del primer momento, y en su deseo de quitarse ya de una vez la preocupación de este largo sitio, determinaron instalar nuevas baterías, para con ellas batir incesantemente la ciudad, sus murallas y sus fuertes; y el día 13 de septiembre rompieron de nuevo un intenso fuego de cañón, de violencia hasta entonces desconocida en la ciudad, y consiguieron, seis días después, dejar abiertas cuatro grandes brechas en el frente de murallas orientado hacia Montjuich, en los sitios llamados de San Cristóbal y de Santa Lucía; brechas que, pocos días después, el Estado Mayor francés juzgó perfectamente practicables; opinión un tanto aventurada, por cierto, y que en el gran ataque del día 19 del mismo mes hubieron de comprender con cuán poco fundamento había sido emitida.

CAPÍTULO XIV

EL LLAMADO «GRAN DÍA DE GERONA»

EL día 19 de septiembre, el general Verdier lanzó al asalto de las brechas abiertas en las murallas de Gerona, cuatro fuertes columnas, de un millar de hombres cada una, que había cuidadosamente organizado en Montjuich y San Daniel. Los gerundenses respondieron a este ataque, llevado con gran energía por las tropas napoleónicas, con una defensa dura y heroica, que logró rechazar valientemente todas las tentativas de penetración realizadas por aquellas tropas imperiales, aguerridas y victoriosas en cien combates, pero que esta vez se encontraron ante los valerosos pechos de la guarnición y de los gerundenses, y con la energía indomable del general Alvarez de Castro.

Para tener una más exacta idea de este terrible asalto sufrido por los gerundenses, vamos a citar algunos testimonios de testigos presenciales de aquella heroica lucha.

El intrépido coronel del regimiento de Baza, don Miguel de Haro, describe así aquellos emocionantes momentos: «El toque de generala; el sonido triste de una gran campana que sin cesar llama al somatén; la marcha silenciosa, pero viva, de las tropas; el ver salir de sus casas a todos los ciudadanos, y hasta a los sacerdotes, armados para defender sus vidas; el ver a las mujeres despavoridas, pero animando a los hombres; el estrepitoso sonido de más de doscientas bocas de cañón haciendo fuego a un tiempo; el incessante tiroteo de la fusilería; la continua caída de bombas y granas

das, y la densa nube de humo de la pólvora, que envolvía y como que intentaba ofuscar estos terribles objetos, formaba el cuadro más grandioso que se pueda imaginar. Y lo que más daba sublimidad a esta terrible escena, era el tener la idea fija de que, si el resultado era funesto, todos iban a perecer en aquel instante a manos de sus feroces enemigos. Todos fijaban la vista en el gobernador, y don Mariano Alvarez, superior a los peligros que le rodeaban, infundía a los demás la grandeza de su alma y la confianza que se debía tener en la justicia de nuestra causa, en una guarnición tan bizarra y en las sabias precauciones que se habían tomado de antemano.»

La lucha fué realmente terrible, y dice Gómez de Arteche al describirla: «Ganan (los franceses) la áspera cuesta que los separa de Gerona y, protegidos por más de cien bocas de fuego, que cubren de proyectiles las murallas, montan las brechas y en algunas coronan la cresta, halagados ya por la esperanza de un triunfo mucho más fácil del que esperaban. Pero Borbón y Ultonia, aquellos heroicos regimientos, cuya memoria correrá siempre unida a la de la ciudad del Ter con su fortuna próspera o infeliz, les aguardan impertérritos en Santa Lucía y Alemanes, apoyados por Iliberia y Baza y un pueblo inmenso: próceres, industriales, sacerdotes, cristianas y enérgicas mujeres dispuestas, como los hombres, a sacrificarlo todo por el propio honor y el de sus hogares y familias.

La lucha es terrible, y el éxito anda dudoso mucho tiempo sobre a quién inclinarse de los combatientes: si a los invasores, que, como un torrente, invaden los emplazamientos y reparos hechos para la defensa; si a los que, como el huracán a las arenas, los barrén y arrojan al barranco inmediato del Galligans para confundir su orgullo. Y lo mismo que en Santa Lucía y Alemanes, sucede en San Cristóbal y la torre Gironella, donde también son repelidos los franceses, con grandísima pérdida de oficiales y soldados. Ni el ímpetu, otras veces incontrastable, de una tropa acostumbrada a arrollarlo todo y destruirlo; ni la energía y la abnegación de los jefes, marchando a su cabeza y sacrificando la

vida en lo alto de las brechas; ni la frecuencia de los refuerzos enviados por los generales y el fuego cada vez más violento de la artillería, bastaron a cansar una resistencia que también a cada punto se mostraba más y más tenaz, según que se veía coronada por victoria tan brillante y tan completa.»

Don Juan Nieto Samaniego, jefe de Sanidad Militar de la plaza durante el sitio y testigo presencial de aquel duro asalto, escribió: «Un torbellino de fuego cubre la brecha y el cuartel de Alemanes; truenan la artillería; nuestro general vuélase de peligro en peligro; se halla en todas partes, dictando órdenes, reanimando el valor de nuestros defensores, y, con su ejemplo, mostrándoles el deber que tenían de conservar la palma de la victoria.»

Efectivamente: durante aquel tremendo asalto a las brechas, Alvarez hizo acto de presencia en todos los lugares de peligro; primero, en la brecha de Santa Lucía, animando a sus defensores y enviándoles refuerzos; después, en las brechas de San Cristóbal y de Alemanes y la Gironella, donde se le vió, a pecho descubierto, infiltrando en el ánimo de sus tropas fortaleza y decisión. En todos estos lugares de peligro, la presencia del general elevaba y galvanizaba el espíritu de los defensores y redoblaba en ellos, si cabía, el ardor.

Con desprecio de su vida, seguía Alvarez las incidencias de la lucha: las balas pasaban silbando a su alrededor, y los estallidos de las bombas salpicaban su traje de esquirlas de piedra y del polvillo cegador de los derrumbamientos.

Los gerundenses consiguieron, al fin, rechazar por completo los fuertes y reiterados ataques de los invasores. Y cuando Alvarez dió cuenta a la Superioridad de aquel hecho defensivo, que constituye, en justicia, una gran página de gloria para los defensores de Gerona, y en que las tropas escogidas y extraordinariamente aguerridas del ejército francés no pudieron vencer la resistencia enérgica de una guarnición reducida, de un pueblo depauperado por largas privaciones y amparado sólo por débiles muros semidestrozados, Alvarez consignó su elogio en unas lacó-

nicas palabras, que sólo hacían constar què «todos habían cumplido con su deber».

Como nota curiosa de este hecho de armas, consignaremos que el coronel Floresti, que fué a quien Alvarez negó la primera vez la entrada en el castillo de Montjuich, de Barcelona, cuando iba a posesionarse de él en nombre de las fuerzas francesas, halló la muerte en el ataque a la brecha de Santa Lucía.

CAPÍTULO XV

CRECEN LAS DIFICULTADES DE LOS SITIADOS

PASADOS algunos días del gran asalto del 19 de septiembre, cuyo resultado victorioso llenó, de momento, de satisfacción y entusiasmo a todo el vecindario de la ciudad y a sus bravos defensores, volvió a presentarse acuciador el problema de la alimentación. Las provisiones entradas en la ciudad con el convoy de García Conde estaban terminándose ya por completo; las últimas operaciones de los sitiadores tendían especialmente a hacer cada vez más total y cerrado el bloqueo de Gerona, y ya no era en modo alguno posible que, aprovechando la oscuridad de la noche y deslizándose por el estrecho camino que del Santuario de los Angeles llegaba al portal de San Cristóbal, entraran en la ciudad grupos reducidos de payeses, que, desafiando tantos peligros como había que orillar, conseguían llevar a la ciudad algunos víveres, que vendían a precios extraordinariamente elevados.

En la ciudad, el panorama a últimos de octubre comenzaba a presentarse ya con caracteres desoladores: la gente iba enflaqueciendo de manera notoria, al verse obligada a reducir sus raciones a cantidades tan escasas que resultaban a todas luces insuficientes, y esta debilidad general aumentaba extraordinariamente el número de enfermos.

A pesar de tantas dificultades, el espíritu y la entereza de Alvarez no decaían, y sus enérgicas palabras alentaban a todos y mantenían siempre elevada la moral de la defensa.

Una tarde, al hacer su acostumbrado recorrido a las murallas y baluartes, oyó que un miguete se dolía de la poca ración de pan que se les daba y de la debilidad que, por tan escasa nutrición, sentían. Al oírle, Alvarez le dijo:

—No hay que apurarse, buen hombre: si no hay harina, comêremos grano, y, a falta de éste, madera.

El general había sido el primero en ofrecer su caballo para ser sacrificado y destinarlo al consumo de la guarnición y del vecindario; ante su ejemplo, fueron muchos los gerundenses que ofrecieron los que poseían, y así pudo sortearse por unos días el agudo problema del racionamiento. Sólo fueron reservados los caballos del escuadrón de San Narciso y algunas acémilas para el transporte de provisiones y municiones a los fuertes exteriores.

Era el general tan resuelto en estas cuestiones de la alimentación, que nunca quiso para sí ninguna excepción de privilegio, y su mesa era, sin duda, la más austera de la oficialidad gerundense. Ante tal ejemplo, es natural que nadie se atreviera a dolerse públicamente de tantas penalidades y sufrimientos.

Al temible azote del hambre se unió, como natural consecuencia, el espectro terrible de la peste. Los cuerpos, debilitados y abatidos por la carencia de alimentación, eran fácil presa de la disentería y del escorbuto.

Las gentes morían en sus casas, los pocos que aun podían cobijarse en ellas, y bajo los porches de algunas calles, en las iglesias o en plena calle, los que habían visto derrumbarse sus hogares y perderse sus enseres entre las ruinas y los incendios. La mayoría moría sin poder recibir ayuda ni consuelo de nadie.

Ante aquella carencia de alimentos, los pocos de que se disponía alcanzaban precios elevadísimos en relación a sus precios normales de antes de la guerra: una gallina llegó a valer una onza de oro; un porrón de mal aguardiente, 60 reales; una libra de chocolate, cuatro duros; un gato, dos duros, etc. Faltaba por completo el calzado, y hubo que hacer abarcas para la tropa aprovechando las pieles de los pocos animales que eran sacrificados.

Alvarez procuraba atender tantas necesidades en la medida de sus muy reducidas posibilidades, las cuales, para mayor desgracia, iban aún reduciéndose de día en día. La Junta Económica, que funcionaba bajo la inmediata vigilancia del general, tomaba sus medidas, que ya resultaban del todo ineficaces.

Ya mucho antes, al notar Alvarez la escasez de fondos en la Junta con que atender a tantas necesidades de la población, cedió a dicha Junta no solamente su sueldo, sino la totalidad de los fondos que particularmente poseía.

Cuando más acrecían tales dificultades, Alvarez recibió, el día 16 de octubre, su ascenso a teniente general por los muchos méritos que se le reconocían en la tenaz defensa de la plaza.

CAPÍTULO XVI

LA ENERGÍA DE ALVAREZ

EN este cuadro desolado que iba ofreciendo progresivamente Gerona se mantenía, tensa y vibrante, la energía incansable de Alvarez. Se le veía siempre, al menor asomo de peligro, atendiendo a todo y a todos. Muchas veces solía acompañarle su capellán, don Salvio Banchs, a la vez capellán mayor del Hospital Militar, y le servían de escolta varios voluntarios pertenecientes a la llamada «Reserva del General», formada por elementos de la «Cruzada Gerundense».

Alvarez solía vestir a menudo una levita azul, pantalón también azul con listas blancas muy finas; llevaba sombrero de copa, a veces con una cinta roja cruzada, en la que se leía la inscripción: «Por Fernando VII, vencer o morir». Llevaba la faja de general en la cintura y encima de la levita.

Habiéndose mantenido célibe, su vida la consagró más intensamente a los que fueron sus más poderosos ideales: Dios, el rey y España.

El pueblo gerundense, ante su férreo temple y su gran austeridad, tomaba pacientemente todas las incomodidades y carestías y se sentía amparado al verle y al saber que él se interesaba por todo y se afanaba en conjurar todos los peligros y todas las posibles debilidades y fallos. Esto explica bien la tónica de los luchadores gerundenses, de la que es elocuente ejemplo lo que dijo

uno de ellos al general, al verle muy preocupado para poder dar algunos víveres a los defensores de Gerona:

—No se apure vuestra excelencia porque no haya víveres; comeremos madera a falta de otra cosa.

Ni aun en los momentos más desalentadores quiso entablar negociaciones con los parlamentarios que le enviaban los sitiadores. Dice don Fernando Fernández de Córdoba (1) que cuando la artillería enemiga hubo abierto varias brechas en los muros de Gerona y desmontado buen número de cañones de los que defendían la plaza, el mariscal Augereau intentó entrar en tratos con Alvarez, y le envió un parlamentario. Alvarez le recibió en un baluarte bastante derruido, y a una indicación del general le fué quitada a dicho parlamentario la venda que se le había puesto en los ojos al entrar en el recinto de la plaza. Y mientras unos cañones gerundenses que aun no habían podido ser desmontados por el enemigo seguían disparando contra las posiciones francesas, Alvarez le dijo:

—El cañón lleva ya mi respuesta a vuestro general.

Cuando en el mes de noviembre los habitantes, faltados ya casi de todo alimento, morían de inanición y de enfermedad en aterrador número, algunos oficiales se permitieron manifestar a Alvarez la conveniencia de acabar con tantos sufrimientos, pues comprendían que aquello no podría alargarse mucho más.

Alvarez les contestó estoicamente:

—¡Qué más da morir en las brechas o morir de hambre!

Por aquellos días tan tristes escribió una carta a una hermana suya que residía en Soria, de cuya carta es el siguiente fragmento:

«No sé cuál será mi suerte, porque su Divina Majestad me quiere probar con mil males. No he querido salir ni capitular, porque mi honor me manda morir entre estas ruinas. Blake no me socorre; pero Dios y mi brazo me socorrerán, y tu hermano será honrado y leal hasta la muerte.»

(1) *Mis Memorias íntimas* (Madrid, 1866).

Bien se ve que, a medida que acrecía la desolación y la muerte en la ciudad, se intensificaba en Alvarez mayor intransigencia, como si realmente fuera una obsesión, a tratar con el enemigo sobre la rendición de la plaza. ¿Es que confiaba recibir la ayuda que le había prometido enviar la Junta de Manresa, superior rectora del Principado? ¿Es que, por no confiar ya en nada, quería sublimar la resistencia heroica de Gerona en la tónica espartana de un Sagunto o de una Numancia? Estas interioridades de la conciencia del general en aquellos trágicos momentos no podrán ser esclarecidas jamás, y unos tildarán de inhumana esta resistencia atroz, que parece ya sin finalidad útil alguna, y otros la calificarán de sublime, como hermoso y aleccionador exponente de la vigoria y de la abnegación inagotable de la raza.

CAPÍTULO XVII

SITUACIÓN DESESPERADA DE GERONA

EN la ciudad, las gentes, para procurarse un mínimo de alimentación insuficientísimo, no obstante, habían tenido que recurrir a las carnes de perros y gatos y aun a animales tan inmundos como las ratas; en los hospitales faltaba la mayoría de medicamentos; las aguas para bebida se habían contaminado; los cadáveres que quedaban sepultados entre las ruinas de los edificios que se derrumbaban infeccionaban el ambiente. A mediados de noviembre, esta triste situación de la ciudad fué agravándose aún más, ofreciendo el aterrador aspecto que se desprende del informe elevado a Alvarez por el doctor Nieto Samaniego, jefe de Sanidad de la plaza. En él se afirma que en el mes de noviembre de 1809 no quedaba en Gerona edificio habitable ni lugar seguro; las calles estaban cortadas por los hoyos que abrían en ellas las bombas al estallar; y tales hoyos, con las lluvias y la rotura de las conducciones de aguas residuales, se llenaban de un líquido de color sucio y olor pestilente. Ya no había en la ciudad gentes que poseyeran nada, y de día en día aumentaba el número de los que imploraban la caridad y caían desfallecidos en las calles o morían silenciosamente bajo los porches y en la penumbra de las capillas de las iglesias.

La mortalidad entre la tropa, sólo en el mes de noviembre, fué de 1.378 fallecidos. Para una guarnición de unos 4.500 hombres en total resulta, evidentemente, un porcentaje aterrador. Las

familias más modestas de la ciudad iban desapareciendo, llevados sus individuos por la tisis, la anemia perniciosa y la disentería.

Pero, a pesar de todos estos azotes, que en cualquier otra parte hubieran determinado sin duda la capitulación de la ciudad, Alvarez seguía enérgico y lleno de entereza. Y una buena parte de los defensores de Gerona mantenían también esta elevada tónica de virilidad.

Como es muy natural, en momentos tan graves había también algunas excepciones: personas que veían claramente la inutilidad de prolongar por más tiempo tan espantosa agonía de la ciudad.

A uno de éstos, a los que aun persistían en mantenerse por encima de todo, llamaban despectivamente «agonizantes», díjole Alvarez, sabedor de su opinión y lleno de cólera:

—¿De modo que usted es el único cobarde que hay aquí? Bien; cuando falten del todo los víveres nos lo comeremos a usted, y cuando se acaben los de su calaña, yo veré lo que deba hacerse.

Y para que no cundiera entre la población el deseo de poner término rápido a la situación, de día en día más difícil, el general mandó publicar de nuevo el bando de 1.º de abril, por el cual se amenazaba castigar con pena de muerte a todo el que profiriese la palabra «capitulación».

Algunos militares, no obstante, decidieron proponer al general que la guarnición atacara al enemigo para abrirse paso entre las filas adversarias y procurar reunirse luego con el ejército de operaciones para continuar así luchando por la patria.

Alvarez rechazó tal propuesta, diciendo que el puesto de todos era defender la plaza, y les dijo:

—Lo mismo es morir de hambre que en las brechas; pereceremos en estas ruinas, o se levanta el sitio.

Aun cuando las respuestas de Alvarez a las insinuaciones que se le hacían eran tajantes y duras, ello no quiere en modo alguno decir que él no comprendiera el lamentable estado de la población, el estado precario de las defensas y las ininterrumpidas penalidades que soportaban la guarnición y los gerundenses todos.

Y a medida que las dificultades eran mayores, el general tenía

que extremar la dureza de sus disposiciones para que, de emplear un tono más blando, no pudiera achacarse a debilidad por su parte. Así, en la orden del día 8 de noviembre dijo:

«Todas las tropas que cubran las brechas, cortaduras y demás obras de defensa deben tener entendido que las que guarnecen las segundas cortaduras y la artillería de las calles tienen orden de hacer fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que venga de los primeros, sea español o francés, pues todo el que huye y abandona su puesto debe considerarse como enemigo.»

En cierta ocasión, al preguntarle un oficial encargado de una comisión fuera de la plaza dónde debería retirarse en caso de ser rechazado, le contestó con sequedad:

—¡Al cementerio!

Tal vez contribuyó a que se agriara su carácter la persistencia de las fiebres tercianas que sufría de tiempo y el ver que pasaban los meses sin que se le socorriese con ataques al enemigo y enviándole nuevos convoyes, de los que humanamente ya no podía prescindir.

CAPÍTULO XVIII

ALVAREZ Y EL PUEBLO GERUNDENSE

ALVAREZ fué la suprema autoridad en Gerona durante el sitio. Todos los organismos rectores de la ciudad quedan eclipsados ante la destacada y enérgica personalidad del general. A pesar de funcionar una Junta, él atendía a todo, lo ordenaba todo, preveía lo que pudiera suceder y a todo procuraba poner lenitivo o remedio; y por haber sabido encarnar cumplidamente el espíritu de oposición al invasor y de resistencia a ultranza, que constituían los deseos unánimes de la ciudad al producirse el levantamiento, el pueblo gerundense se sentía amparado con sus dotes de energía y confiado en que ésta vencería, al fin, todas las contrariedades y contratiempos.

Debida a esta íntima admiración y confianza que la ciudad sentía por el general, cuando éste salía, casi cada tarde, para inspeccionar las defensas de las murallas y baluartes, y desde ellas observar los movimientos del enemigo, para deducir de ellos sus posibles intenciones, en seguida se veía rodeado por multitud de gerundenses que procuraban leer en su mirada y en las facciones de su cara la impresión que, día tras día, recibía del estado de la ciudad y de sus defensas.

Su actuación como jefe era una mezcla de popular y de técnica. No era tan sólo el general que planea el ataque o la resistencia desde el gabinete de su Estado Mayor, sino a la vez era el hombre que pulsaba el estado de opinión de la población, que

sabía mantener alto el espíritu del pueblo y que supo conservar en él, hasta los últimos días de la resistencia, plena confianza en las posibilidades de su energía y de su bravura.

Y como su presencia en los lugares de mayor peligro no la regateaba nunca, ello le daba la máxima autoridad para exigir de los demás el mayor rendimiento defensivo posible.

Los gerundenses, ante su energía, se sentían protegidos. La moral combativa de la guarnición y del paisanaje se mantenía alta y sin ningún decaimiento. Sólo al saberle enfermo y en peligro de muerte comenzó a exteriorizarse el desaliento en parte del vecindario; de manera que, si no hubiese cedido su salud, sabe Dios el aspecto épico que habría tomado, en sus últimos momentos, la defensa de Gerona.

En los días que él vislumbraba difíciles o que podían ser críticos solía llevar en su sombrero aquella cinta roja con la inscripción: «Por Fernando VII, vencer o morir.» Y este dato, que ahora pudiera tal vez parecernos algo pueril y sin mayor importancia, entonces ejerció indudable influencia sobre la psicología de aquellos combatientes. Venía a constituir como el lema de una resolución definitiva e inquebrantable. A la vista del general, de su atuendo y de aquella inscripción se renovaba cada vez la confianza del pueblo en él y acrecía su popularidad y la sensación de que, mientras él mandara, la porfía del enemigo se estrellaría contra la ciudad, y de que, pasara lo que pasara, nada podrían todas las adversidades, peligros y desastres que la fatalidad desencadenara sobre los débiles muros de Gerona.

CAPÍTULO XIX

LA GRAVE ENFERMEDAD DEL GENERAL ALVAREZ

A pesar de las esperanzas de los sitiadores, a raíz de tomado el castillo de Montjuich, de liquidar rápidamente el «caso» de Gerona, es lo cierto que pasaban los días y aun los meses, y la defensa de la ciudad, si bien un tanto decaída, no se desmoronaba.

El general francés, no atreviéndose a dar nuevo asalto a la plaza, visto el mal resultado del de 19 de septiembre, limitóse a dar tiempo al tiempo, y procuró fatigar a la guarnición sitiada con amagos de ataque en distintos sectores del cinturón de murallas y baluartes. Y comenzó atacando por la parte del Mercadal y por la puerta del Carmen.

Estos ataques aislados y promovidos en lugares bastante alejados entre sí obligaban a la escasa guarnición de la ciudad a un cansancio agotador, que venía a agravar la debilidad de los sitiados, tan depauperados físicamente por las penurias de su alimentación durante tantos meses.

El general Alvarez, que hasta primeros de diciembre logró ir sorteando sus fiebres con el desempeño de su cargo, sin que en ningún momento decayeran sus ánimos y energías, enfermó al fin gravemente, sufriendo algunos delirios. Pasadas estas crisis, el general quedaba extraordinariamente postrado, hasta el punto de que, transcurridos unos pocos días, los que le rodeaban temieron por su vida.

En uno de estos momentos de gran postración, el día 9 de diciembre, le fueron administrados los Santos Sacramentos por indicación de los médicos que le asistían, y, ante el grave estado del general, toda la ciudad se sintió consternada. Fueron muchos los gerundenses que acompañaban el Viático y que lloraban amargamente.

Los gerundenses preveían muy sagazmente que si el general Alvaréz moría, nadie, con la autoridad que él, era capaz de llevar a buen término la heroica resistencia de la ciudad.

Fué necesario, dado el estado del enfermo, que el teniente del rey, don Julián de Bolívar, se encargara del mando de la plaza. La Junta militar, que del todo compenetrada con Alvarez, supo ordenar sin decaimiento las cuestiones relativas a la defensa, ante la grave enfermedad de Alvarez comenzó a sentir vacilaciones y desaliento.

Parece que en el agravamiento del general influyó mucho el disgusto que sufrió con motivo de la pérdida del fuerte del Calvario y del reducto del Cabildo, pues bien comprendió que con ello el enemigo lograría infiltrarse entre la línea de los fuertes exteriores y la ciudad.

La calentura le aumentó considerablemente, y los médicos señores Viader y Nieto Samaniego, que lo cuidaban, fueron de parecer que debía viaticársele.

En relación con esta súbita agravación de la enfermedad, dice el padre Cúndaro en su manuscrito sobre el sitio de Gerona: «Pero con todo esto, yo soy de sentir que la más lamentable desgracia para Gerona fué haberse agravado bastante la indisposición que padecía hacía días el invictísimo general; lo que yo no extrañaré hubiese sido por el sentimiento de la pérdida y abandono de unos fuertes, de no ser fácil socorrer a los otros y de retardarse el socorro del Principado, levantado en armas en masa, que se había acordado en 20 de noviembre por el Congreso de vocales representantes de todos los corregimientos, reunidos en Manresa, cuya plausible noticia había recibido su excelencia de oficio, como ya llevo dicho, en la noche del 24 al 25 del mismo mes. Quizá el

delirio que se dijo a los facultativos había padecido en la noche del 8 no fué efecto del crecimiento de la fiebre interminante que le incomodaba, sino del acaloramiento de su imaginación sumamente viva, que se hallaba altamente impresionada de tantos desagradables objetos, capaces de alterar sus funciones, mayormente si su excelencia se rendía alguna vez al descanso del sueño o se hallaba semidormido.»

A su vez, el doctor don Juan Nieto Samaniego, en su *Memoria*, dice hablando de la enfermedad del general:

«El excelentísimo señor don Mariano Alvarez, cuya salud ya hacía mucho tiempo que estaba en mal estado, aunque no le había obligado a dejar de la mano la difícil y complicada rienda del gobierno, cayó de la fiebre herrática y obstrucciones de vientre que padecía en una remitente nerviosa, que ya, hacia el día 4 de este mes, le puso en peligro.

Continuó agravándose en todos sus síntomas, como era consiguiente en su lamentable situación, en términos que el día 8 padeció su excelencia un subdelirio, y en la noche llegó la turbación de sus funciones intelectuales a un delirio bien caracterizado, y la fiebre tomó un incremento que, al paso que acrecentó el peligro de su excelencia, puso en consternación la ciudad y principalmente a las autoridades.»

El padre Cúndaro, en sus *Memorias*, añade que la entrega del mando al brigadier don Julián de Bolívar la hizo Alvarez teniendo los ojos fijos en un crucifijo que tenía siempre en su habitación, y al que atribuía toda la fortaleza que había demostrado en el ejercicio de su cargo como gobernador de Gerona.

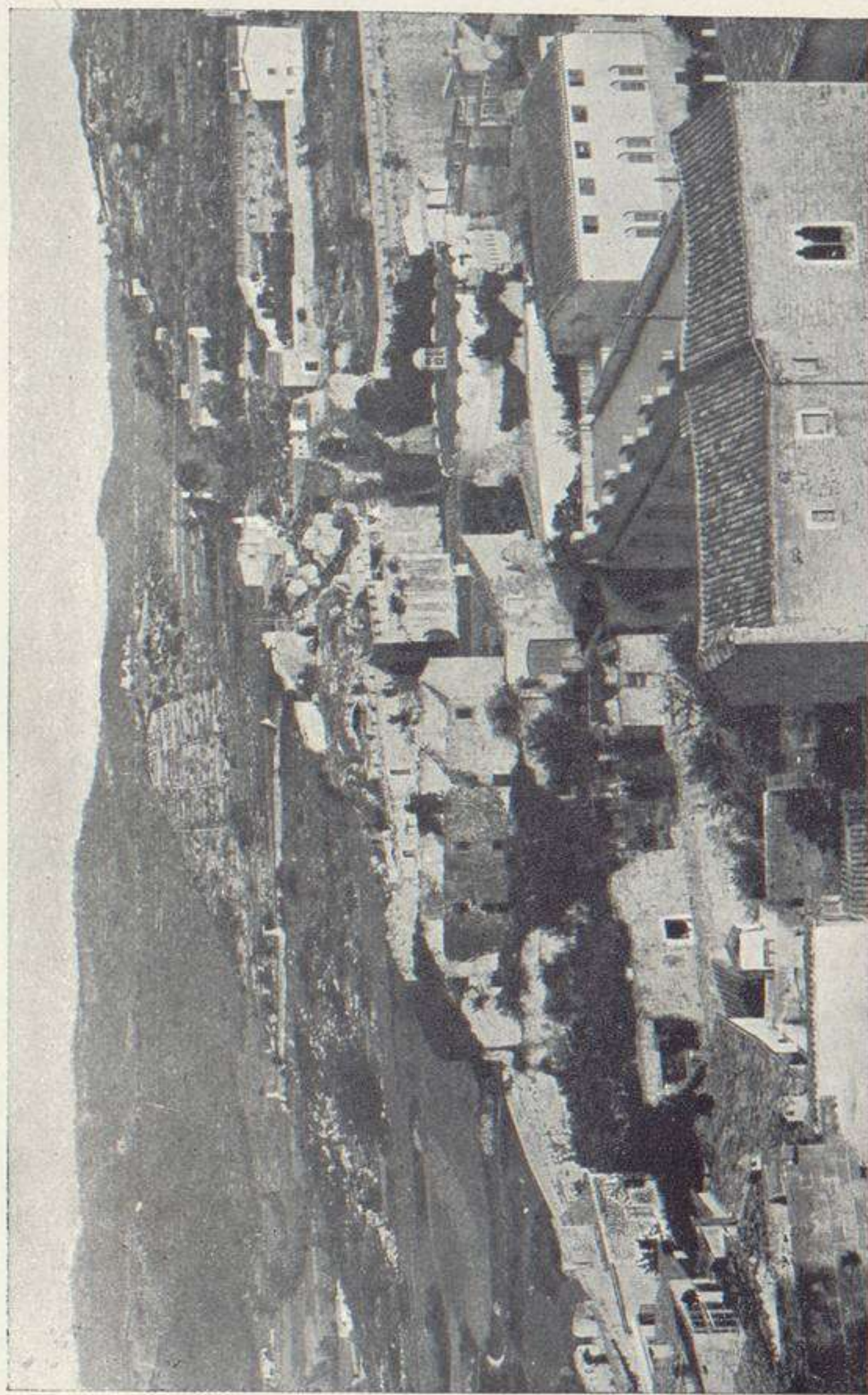
Por dos veces dijo al sacerdote allí presente, mirando al dicho crucifijo:

—Este Señor, este Señor es el que me inspira la firmeza que tengo para la defensa de la plaza.

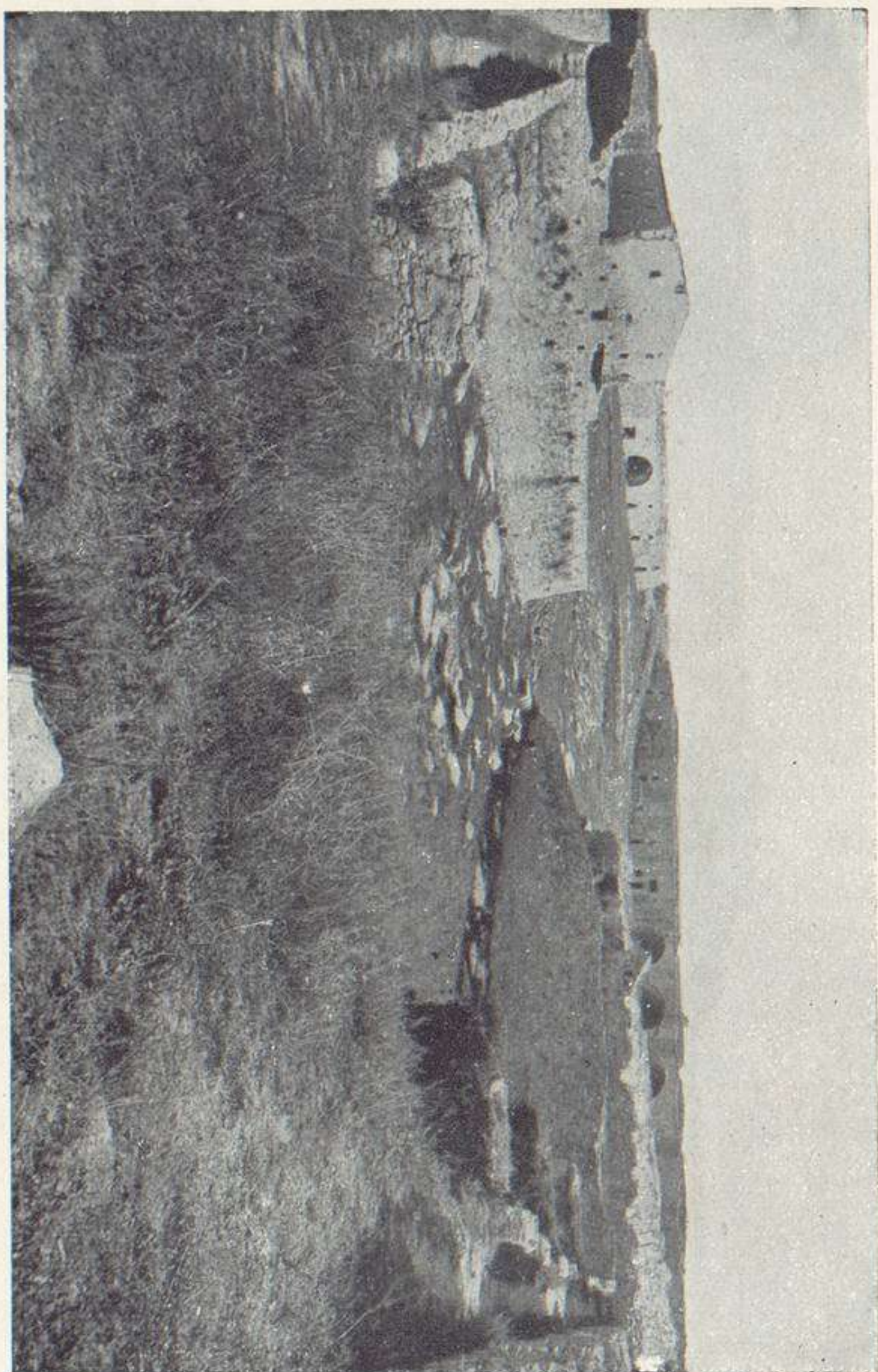
Pero la extremada gravedad de Alvarez fué recibida con ciertas reservas por algunos habitantes de la ciudad, que temieron se había exagerado ésta para promover el cambio de gobernador y poder poner fin, con negociaciones, al estado de angustia en que

vivía la ciudad. El mismo padre Cúndaro, testigo presencial de aquellos momentos, dice:

«Pocos hubo en la ciudad que no estuviesen persuadidos de que la salud del general no estaba tan deteriorada hasta tal extremo, y casi todos creyeron que se le había suministrado el Sagrado Viático para que pasasen a otras manos las riendas del gobierno, especialmente viendo que se trataba, poco después, de entrar en negociaciones con el enemigo. Este era el sentir común del pueblo, y si he de decir lo que siento, y no puedo menos que hacerlo, sin hacer violencia a mi genio franco y sencillo y faltar a la sinceridad propia de un escritor desapasionado, creo que no se engañó del todo en su modo de pensar. Parece claro que si el general Alvarez hubiese estado ya en peligro hacia el 4, como dice en su *Memorial histórico* el señor Samaniëgo, a causa de la fiebre herrática y obstrucciones de vientre que su excelencia padecía, y en términos que el día 8 hubiese ya padecido, según dice el citado escritor, un subdelirio, y en la noche un delirio bien caracterizado, debían los facultativos, en cumplimiento de la obligación que les prescriben los cánones, debían haber prevenido con la disposición de que se le suministrasen los Santos Sacramentos los tales accidentes y aun la pérdida del uso de la razón, que quizá hubiera podido ser consiguiente al delirio caracterizado, una vez que su excelencia se hallaba desde el 4 en peligro. En esta suposición, ¿quién no ve que los facultativos no debían esperar a que los llamase la Junta, ni observar tantas cautelas y ceremonias como precedieron a la declaración de su dictamen médico? A más de que yo no sé entender cómo hallándose su excelencia en peligro desde el 4 pudo ver el 7, como se lo dijo a Bivern, toda la brillante acción y ataque que dió aquel arrogante oficial al reducto de la ciudad. No me acuerdo tampoco que se hubiese hablado más del delirio desde que el general enfermo hizo dejación del mando y recibió los Santos Sacramentos. Me acuerdo, sí, haber leído en cierto escrito que algunos sujetos fidedignos oyeron después, de la misma boca del doctor don José Antonio Viader, que no había necesidad de sacramentar al general.»



Ruinas de los cuarteles de Alemanes y la torre Gironella



Interior del castillo de Montjuich

Por su parte, el historiador don Emilio Grahit (1) duda de lo manifestado por el padre Cúndaro, y dice: «Que no era ciertamente Alvarez hombre para prestarse a dejar el mando sin estar convencido de que no podía ejercerlo.»

(1) En su obra *Sitios de Gerona en 1808 y 1809*.

CAPÍTULO XX

LA RENDICIÓN DE GERONA

Los sitiadores habían hecho últimamente notables progresos para acercarse a los muros de la plaza, y las noticias que el brigadier Bolívar iba recibiendo de los baluartes y del estado de las restantes defensas eran cada vez más inquietantes. Debido a ello y al creciente temor de que, de un momento a otro, el enemigo desatara otro gran ataque, que probablemente no habría podido contenerse, dado el estado de debilidad física de los defensores de la plaza, y teniendo en cuenta las grandes brechas abiertas en algunos sectores de la muralla, Bolívar convocó a la Junta militar, la cual se reunió al anochecer del día 10 de diciembre. Mientras esta Junta se hallaba reunida se recibió un oficio de la de Manresa, en el cual se anunciaba que se despachaban emisarios a las principales poblaciones de Cataluña para que se levantara en ellas el Somatent y se concentrara en los lugares que se le indicaban. La ayuda rápida, poderosa y decisiva que esperaban los gerundenses se veía otra vez aplazada y en un tiempo que era muy difícil precisar, pues se ignoraba la urgencia con que pudieran hacerse tales concentraciones y en número suficiente para que pudieran intentar, con probabilidades de éxito, el socorro de Gerona.

Después de larga discusión en el seno de la Junta gerundense y de haberse expuesto por los presentes en ella diversas y aun

opuestas opiniones al apreciar la situación de la plaza, al fin prevaleció la tendencia de los que se mostraban partidarios de entablar seguidamente negociaciones con los sitiadores, visto que se hacía del todo imposible el prolongar, siquiera por unos días más, la agonía en que languidecía la ciudad.

Varios miembros de la Junta, ante el dolor que experimentaban al verse forzados a tomar tales acuerdos, no pudieron impedir que las lágrimas más amargas asomaran a sus ojos.

El brigadier don Blas de Fournas fué encargado por la Junta para que fuera portador de los deseos de la misma al campo francés, y, como respuesta a tal visita, los sitiadores sólo concedieron el plazo de una hora para que la ciudad se les rindiera; ante la premura de este exiguo plazo, la Junta acordó que Fournas fuera al Cuartel General francés, establecido en el vecino pueblo de Fornells, para lograr del general jefe un armisticio de veinticuatro horas, en cuyo lapso de tiempo podrían ser discutidas las condiciones de la capitulación sin las prisas de una conminación tan perentoria. Augereau rechazó conceder ningún plazo, y para facilitar a la Junta la discusión de las condiciones de rendición mandó con Fournas al general Rey, jefe del Estado Mayor del general francés, para que, reunido con dicha Junta, establecieran las bases de la capitulación de la ciudad.

Después de larga y dolorosa discusión por parte de los individuos de la Junta, en la noche del mismo día 10 de diciembre, don Julián Bolívar, don Blas de Fournas, don Isidro de la Mata, don José de la Iglesia, don Guillermo Minali y don Guillermo Nash, por parte de la ciudad y de la guarnición, y el general francés Rey, por la parte adversaria, firmaron el siguiente documento:

«Capitulación de la ciudad de Gerona y fuertes correspondientes, firmada el 10 de diciembre de 1809, a las siete de la noche.

Artículo 1.º La guarnición saldrá con los honores de guerra y entrará en Francia como prisionera de guerra.

Art. 2.º Todos los habitantes serán respetados.

Art. 3.º La religión católica continuará de ser observada por los habitantes, y será protegida.

Art. 4.º Mañana, a las ocho y media de ella, la puerta del Socorro y la del Areny serán entregadas a las tropas francesas, así como las de los fuertes.

Art. 5.º Mañana, 11 de diciembre, a las ocho y media de ella, la guarnición saldrá de la plaza y desfilará por la puerta del Areny. Los soldados pondrán sus armas en el glacis.

Art. 6.º Un oficial de Artillería, otro de Ingenieros y un comisario de guerra entrarán al momento en que se tomará posesión de las puertas de la ciudad para recibir la entrega de los almacenes de la plaza, planos, etc.»

(Aunque consta en el documento anterior que la guarnición quedaría prisionera de guerra, fué convenido canjearla por prisioneros franceses en España, y se les prometió que no pasarían del Rosellón.)

El día 11 de diciembre, según lo convenido en el documento anterior, fué un día tristísimo.

Nieto Samaniego, testigo presencial, dice de este día: «Amaneció al fin el memorable 11 de diciembre, y lo primero que se ofrece a la vista es una gran multitud de toda especie de armas inutilizadas de intento por los rincones, calles, plazas y portales; muchas, arrojadas al río Oñar; otras, quemadas; hecho que, no obstante que ha de provocar al enemigo, no dudan los heroicos gerundenses practicarlo y ofrecer al sitiador, inutilizadas, las armas que no ha podido vencer, a fin de que no se pueda aprovechar de ellas y conozca también la noble arrogancia de un pueblo cuyo dominio debe a las plagas del hambre y mortandad.»

En la hora convenida desfilaron por la puerta del Areny las fuerzas de militares y voluntarios que se habían mantenido con tanto tesón y heroísmo durante tantos meses dentro de los maltruchos muros de las defensas gerundenses. Formaban una larga columna de hombres debilitados por hambres y fatigas, con ropas

misérrimas, con tez amarillenta y mirada apagada, pero aun er-
guidos y poseídos de legítimo orgullo a que su valor indomable
les había hecho acreedores. Deponían las armas agotados, enfer-
mos, depauperados, pero nunca humillados ni vencidos.

Después de rendida Gerona, algunos militares del Ejército
español manifestaron que, tácticamente, la larga duración del sitio
de Gerona obedeció, especialmente, a la manifiesta impericia de
las fuerzas sitiadoras, ya que por parte de los sitiados no existía
posibilidad material de rechazar con éxito a las tropas napoleóni-
cas, una vez éstas decidieron definitivamente apoderarse de la
plaza.

Pero la obra de A. W. Bucher, capitán wesfaliano del Ejército
imperial (traducida al español por Gaspar Durvrell—Apéndice a
la obra de Minali—), es bastante explícita para darse perfecta
cuenta de los esfuerzos, realmente importantes, que tuvo que des-
arrollar el Ejército francés para conseguir rendir la plaza. Y no
es de suponer que tropas victoriosas en numerosos combates teni-
dos en toda Europa pudieran emplear tácticas anticuadas o in-
eficaces. Hay que convenir en que la defensa de Gerona pudo
prolongarse gracias al temple valeroso de sus defensores y a la
energía, heroísmo y dotes de mando de su invicto gobernador.

Por cierto que, aun en los días siguientes al de la capitula-
ción, Alvarez decía a los que le rodeaban que a él no le había
rendido el ejército invasor. Y tal vez por estas palabras o por
temer su fuga, el general francés Amey, que quedó al cuidado
de la plaza, mandó que se constituyera para Alvarez una guardia
de vista.

CAPÍTULO XXI

ENTRA EN GERONA EL DUQUE DE CASTIGLIONE

EL general Augereau, duque de Castiglione, hizo su entrada en Gerona a mediodía del siguiente al en que se firmó la capitulación. Le acompañaban varios generales franceses, ayudantes de campo y un escuadrón de dragones. Esta brillante comitiva de jinetes entró en la ciudad por la llamada puerta del Areny, junto al río Oñar, y el mariscal se apeó frente a la casa del caballero don José de Caramany (1), en cuya casa se alojó.

El general Alvarez continuaba enfermo en su residencia de casa Pastors, y, sabedor de la entrada en la ciudad del mariscal francés, envió a sus ayudantes, los tenientes coroneles don Narciso Rich y don Felipe Bujons, a cumplimentar al general francés. Este correspondió seguidamente a la atención de Alvarez, enviándole un poco de carne de carnero, dos aves muertas y unas botellas de buen vino, a fin de que pudiera restablecerse más pronto, y ofreciósele a proporcionarle cuanto pudiera necesitar. Le envió igualmente una escuadra de soldados para que montara una guardia de honor en el zaguán de su residencia. Todo ello parecía constituir un público homenaje a las proezas y valentía del general español; pero el secretario y ayudante de Alvarez, el capitán don Francisco Satué, en sus *Memorias* (2) dice que lo de la guar-

(1) Edificio donde está instalado actualmente el Hotel del Centro.

(2) Publicadas en Barcelona en 1816.

dia fué más bien una medida de precaución y seguridad que de atención y respeto, pues parece que de lo que se trataba era de custodiar debidamente al general español para evitar toda posible evasión del mismo.

Alvárez, después de rendida la plaza, envió por su ayudante don Carlos de Beramendi, al mariscal francés, la Caja del Ejército, la cual contenía tan sólo 562 reales y 10 maravedises (1).

El aspecto de la ciudad, al entrar en ella las tropas francesas, era ciertamente desolador. Las calles estaban obstruídas por montones de escombros y restos de todas clases provenientes de los derrumbamientos. Las casas tenían los techos hundidos; los tejados, destrozados, y por las ventanas y balcones veíanse sectores de cielo. Las calles de la parte alta de la ciudad tenían, además, cortaduras, y en ellas se veían cañones desmontados o destruídos. Un ambiente malsano se apreciaba por doquier, y si se veía en las calles algún vecino, su paso era vacilante y sus ojos, hundidos en las órbitas, tenían una grave expresión de dolor.

La defensa de Gerona había cesado, y al marco animado de los pasados entusiasmos y esperanzas, la ciudad oponía ahora el de una tristeza profunda y una pobreza impresionante.

No fué posible, entre los tratadistas de este sitio que lo vieron, llegar a fijar con exactitud la cuantía exacta de las fuerzas de que constaba el ejército francés que estableció el tercer sitio de Gerona, pues mientras el general de brigada Taller, del Cuerpo de Artillería francés y comandante de esta arma en el ejército sitiador, declaró que las fuerzas napoleónicas sumaban 28.000 hombres, el doctor don Juan Nieto Samaniego, director de la Sanidad de los sitiados, en su *Memorial Histórico*, cifra dichas fuerzas en 35.000. Teniendo en cuenta ambas apreciaciones, es indudable que puede admitirse el de 30.000 a 32.000, como cifra más ajustada a la realidad de dichas fuerzas sitiadoras.

(1) José María García Rodríguez: *La Guerra de la Independencia*.

CAPÍTULO XXII

GERONA Y EL GENERAL ALVAREZ

SI Alvarez fué el temperamento enérgico, por ninguna causa debilitado, que supo impulsar y sostener el heroísmo de los gerundenses, es también cierto que el pueblo de Gerona le concedió confianza plena y entusiasta y que se identificó con él y con su rigidez y patente dureza, bien de notar en algunos momentos de su actuación. Tanto es así, que cuando publicó su célebre bando en el que amenazaba con «pena de la vida, ejecutada inmediatamente, a cualquier persona, sea de la clase, grado o condición que fuere, que tuviera la vileza de proferir la voz de rendición y capitulación», el pueblo de Gerona, en vez de recibir medida tan contundente con ciertas reservas mentales o con contenido temor, la recibió, contrariamente, con aclamaciones, que exteriorizaban dos cosas, a nuestro entender: la completa identificación del pueblo de Gerona con su general, en lo que hacía referencia a su resolución de luchar a todo trance y no desfallecer en la lucha, y el que ni en lo más íntimo de la conciencia de los ciudadanos de Gerona anidaba la posibilidad de abandonar al general o no secundarlo debidamente en la decisiva resolución que libremente había tomado Gerona de combatir contra las fuerzas de Napoleón.

Gerona no ha sido nunca una ciudad que haya exteriorizado frenéticamente sus entusiasmos; es más bien, por temperamento colectivo, una ciudad un tanto reconcentrada en sí misma y tal

vez, en apariencia, escasamente emotiva, pero dotada de una gran entereza. Por esto no debe extrañarnos que el día 30 de mayo, y mientras las fuerzas francesas iban tomando posiciones alrededor de la ciudad para atacarla, ésta no se sintiera ni alarmada ni siquiera impresionada. Don Juan Pérez Claras, en su *Dietario del sitio de Gerona de 1809*, dice que en dicho día «ha habido besamanos con motivo de San Fernando; triple salva de artillería a bala; repique de campanas, y las músicas de los Cuerpos se han colocado en los baluartes de San Francisco de Paula, Gobernador y San Pedro, las que no se han retirado hasta que el gobernador concluyó de recorrer toda la murada. Por la noche se ha iluminado la ciudad, y las músicas resonaban por todas las calles y plazas, con singular alegría de la guarnición y del vecindario».

Aun después que los franceses ocuparon el fuerte de Montjuich, y pudieron acercar a la plaza sus baterías por aquel lugar, y los estragos de las mismas en la ciudad y en sus defensas fueron realmente importantes, no se alteró la calma confiada de los gerundenses y de su heroico gobernador.

En oposición al optimismo manifestado por el general francés Verdier, al posesionarse del fuerte de Montjuich, que le hizo suponer que la caída de Gerona sería entonces inmediata, Alvarez sintió entonces renovarse su ardor combativo, y sabía que podía esperar de la ciudad cuantos sacrificios y esfuerzos fueran necesarios.

Con referencia a Alvarez dice Haro, en su *Historia del Sitio*, que «al principio deseaba que su plaza se sostuviese doble tiempo que Zaragoza; y después que se cumplió este plazo quería que durase cuatro veces más su defensa. Los servicios que inmortalizaron a Palafox en Zaragoza abrasaban su corazón de un noble deseo de imitarle. En donde la firmeza de los demás se acababa, allí parece principiaba la suya».

Pero es que la firmeza de los demás tampoco se acababa, al menos la firmeza del pueblo de Gerona; y aun cuando las penalidades que sufrían la guarnición y el vecindario iban siempre en aumento de día en día, nadie en la ciudad quería oír hablar de

una posible capitulación. Y no por la sola virtud del bando, sino por íntimo deseo general de todos.

Con un pueblo de esta naturaleza, Alvarez se sentía constantemente sostenido en sus decisiones, por graves que fueran, y confortado con la admirable asistencia de todo el vecindario.

CAPÍTULO XXIII

VIRTUDES Y DEFECTOS DEL MANDO DE ALVAREZ

ALVAREZ, a juzgar por prestigiosos tratadistas militares y por historiadores desapasionados, logró sacar todo el partido posible de las escasas condiciones de defensa de Gerona, de una guarnición ciertamente reducida y de las deplorables circunstancias de escasez y de falta de auxilios, en general, en que tuvo que desarrollarse el sitio. A pesar de tales dificultades e inconvenientes logró sostener la plaza por espacio de varios meses, desde mayo a diciembre, lo cual revela en él excelentes condiciones de mando, que no es justo regatearle en lo más mínimo.

Ciertos historiadores han creído ver en determinadas medidas tomadas por el general muestras de una dureza excesiva, como, por ejemplo, el que cuando las torres de San Luis y de San Narciso, defensas avanzadas del fuerte de Montjuich, convertidas en montones de escombros por el fuego enemigo, hubieron de ser abandonadas por su escasa y valerosa guarnición, Alvarez, muy contrariado, influyó para que la Junta militar de la plaza, que, como se sabe, había sido instituída a comienzos del sitio, les degradara y les obligara a combatir en adelante como simples soldados.

No negamos la indudable dureza de tal medida, máxime cuando ambos comandantes dieron pruebas de arrojo en los difíciles momentos en que defendieron aquellas torres; pero hay que tener en cuenta también que, al comenzar un sitio como fué el de Gero-

na, el mando debía dar muestras de la máxima energía para alejar de los combatientes todo posible peligro de debilidad o de desaliento y para lograr la máxima eficacia en la defensa. Y posiblemente fué esta finalidad lo que movió a Alvarez a imponer tal castigo; pero téngase en cuenta que, pasado el momento crítico de la falta de aquellos oficiales, y en atención a cómo luchó luego uno de ellos en Montjuich y el otro en la torre de San Daniel, fueron ambos indultados de su anterior degradación.

Por otra parte, ¿qué general, defendiendo una plaza en tiempo de guerra, no intenta cortar radicalmente cualquier actuación que pueda parecer de debilidad en sus subordinados, siquiera para que el pánico no cunda y se vea con ello comprometida la defensa de la ciudad que manda? En tales períodos ya es sabido que la justicia no puede inspirarse siempre en apreciaciones eminentemente generosas y de aplicación suave, sino que, las más de las veces, actúa de forma tajante, expeditiva y, por desgracia, no siempre amoldada a una perfecta equidad. La frase ¡cosas de la guerra! envuelve el reconocimiento de tales posibles deficiencias o exageraciones.

CAPÍTULO XXIV

OPINIONES SOBRE EL GENERAL ALVAREZ

PARA enjuiciar debidamente la figura del general Alvarez creamos de interés exponer previamente las opiniones que de él tuvieron algunos que convivieron con él durante los azarosos días del sitio de Gerona.

El coronel inglés Marshal, que, llevado de sus sentimientos caballerescos, pasó a Gerona para encerrarse dentro de los muros de esta ciudad y contribuir a su defensa, y que prestó sus servicios como agregado al regimiento de Ultonia, fué mortalmente herido junto a la brecha de Santa Lucía. Conducido al hospital, y sintiéndose morir, sus labios se abrieron para decir a los que le acompañaban en tan tristes momentos:

—Décidle a Alvarez que es el mejor general de Europa.

Este pleno reconocimiento del valor y de las dotes del general español nos parece tiene positivo interés, por dos razones principales: por estar hecho por un militar extranjero, ajeno a toda exaltada parcialidad, y por la sinceridad que suele ser norma de las manifestaciones y juicios hechos en el umbral de la muerte.

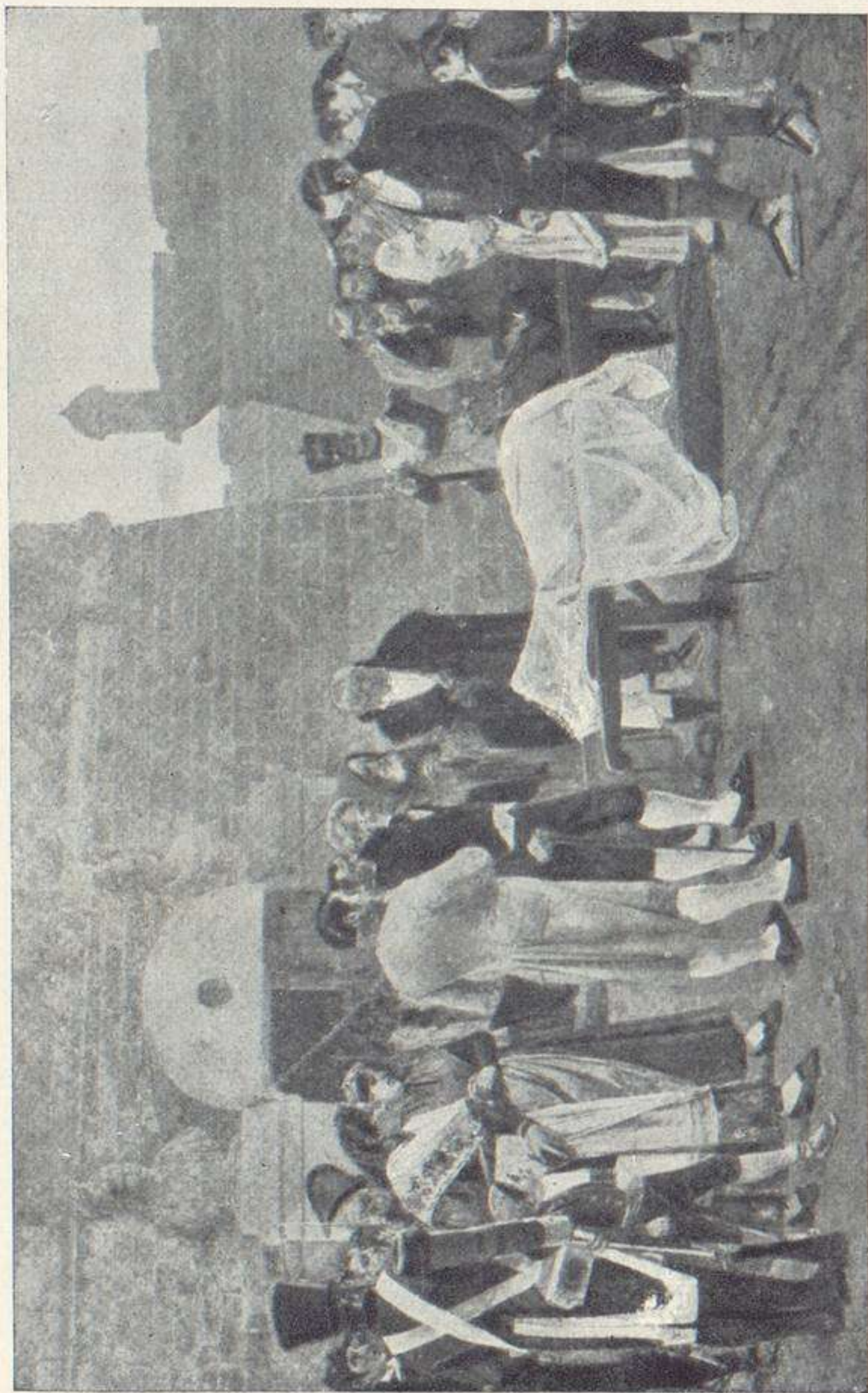
Don Miguel de Haro, que trató muy de cerca al general Alvarez, escribió de él el siguiente retrato:

«Era de una estatura mediana, de color moreno, ojos vivos y una compostura exterior que no daba gran idea de sí al que no le observaba de cerca. Su talento era mediano y poca su instrucción; pero tenía un conjunto de apreciables cualidades para el

mando, que muy pocos suelen reunir; era caballeroso en su modo de pensar y muy desinteresado; mandaba siempre por sí, sin que nadie le dominase; oía y consultaba a los jefes de cada ramo, sin permitir que el uno se entrometiese en las incumbencias del otro; dejaba obrar a los jefes subalternos en sus Cuerpos con toda libertad, y los sostenía con su autoridad; se presentaba con mucha serenidad en los peligros, cuando la necesidad lo pedía. Estaba tan empeñado en la defensa de su plaza, que en todo el tiempo que duró el sitio no hizo cosa ni habló palabra que no fuese dirigida a infundir constancia y valor a sus tropas; pero la calidad que le distinguía y que le coloca esencialmente entre el número de los grandes hombres es su firmeza de alma, porque poseía esta calidad en grado eminente. Nunca vaciló en su resolución de defenderse hasta morir, ni manifestó jamás la menor debilidad. Embebido siempre en la idea de inmortalizarse, veía con gusto aumentarse las dificultades y los riesgos, porque suponía, con razón, que había tanta mayor gloria en vencerlos. Decía con frecuencia que deseaba fuese la plaza socorrida; pero que se verificase algo tarde para que la guarnición tuviera tiempo de distinguirse. Al principio deseaba que su plaza se sostuviese doble tiempo que Zaragoza, y después que se cumplió este plazo quería que durase cuatro veces más su defensa. Los servicios que inmortalizaron a Palafox en Zaragoza abrasaban su corazón de un noble deseo de imitarle. En donde la firmeza de los demás se acababa, allí parece principiaba la suya.

»Cuando le dijeron, en los últimos días del sitio, que los enemigos penetrarían por el baluarte del Carmen, manifestó mucha complacencia, diciendo que ojalá sucediese, para matar cuatro o cinco mil dentro de la ciudad. Pudiera citar millares de estos rasgos, que prueban cuánto apetecía las situaciones apuradas...

»Se puede decir que no cometió más falta que la de no haber sabido decidirse a tomar un partido, cuando a mediados de noviembre le avisó Blake la imposibilidad de socorrerle. Entonces debió haber salido con su guarnición, abandonando una plaza que ya era incapaz de defenderse; pero se obstina en continuar la



El pueblo de Figueras ante el cadáver de Álvarez de Castro (1810)
(Cuadro de T. Muñoz Lucena)



Mausoleo del general Álvarez de Castro en la Capilla de San Narciso de la ex-colegiata de San Félix

defensa, acaba con el vecindario, se muere la tropa, a él mismo le cuesta al cabo la vida su tenacidad y se pierde la plaza. Si hubiese extendido un poco más sus ideas hubiese visto que cuatro mil hombres valerosos y bien disciplinados, con excelentes oficiales, hubieran servido más al Principado que una plaza demolida en un tiempo en que tanta falta hacían tropas organizadas. Pero no era dado a su carácter el variar; y si al fin se perdió todo fué siguiendo la carrera de la gloria y del honor. Merece, pues, un lugar entre los hombres ilustres, y que su conducta se proponga por modelo a todos los militares para que aspiren a imitar sus grandes y eminentes virtudes.»

Vacani, que conoció a Alvarez en el momento en que por orden del conde de Ezpeleta hizo entrega a los franceses del castillo de Montjuich, de Barcelona, del cual era Alvarez gobernador, califica a Alvarez de «capitán fuerte y egregio ciudadano».

Fray Manuel Cúndaro (1) dice de Alvarez: «Héroe de la milicia española, ilustre por su solar, sobresaliente por sus servicios, recomendable por su valor y digno de eterna memoria por su fidelidad a la religión, al rey y a la patria.» Y en otro lugar de su obra llama a Alvarez «Alma de la defensa de la ciudad».

El brigadier don Guillermo Minali, que durante el sitio de 1809 fué comandante general de Ingenieros de la plaza de Gerona, dice a su vez (2): «El general don Mariano Alvarez de Soto Mayor, que defendió a Gerona en el último sitio, manifestó un carácter firme e inflexible a la vista de los mayores riesgos y a las amenazas del enemigo; no le conmovió los horrores del hambre, las muchas graves enfermedades que se padecían ni adversidad alguna; sí que manifestó siempre una serenidad y una grandeza de ánimo singular, hasta en los últimos días del sitio.»

Don José Gómez de Arteche (3) escribió, sin ser testigo pre-

(1) En su manuscrito inédito *Historia politicocríticomilitar de la plaza de Gerona*.

(2) Minali: *Historia militar de Gerona* (Gerona, 1840).

(3) Discurso en elogio del teniente general don Mariano Alvarez de

sencial de la epopeya gerundense, pero bien informado, sin duda: «En todos aquellos grupos, colectividades que habían de acreditar, unas, el espíritu militar, como recogidas por un código que ha borrado el individualismo en ellas; otras, el belicoso con que, por el contrario, llegó tanta figura y tanta a singularizarse por servicios que debían ser muy extraordinarios para hacerse notar de aquella masa rebosando en valor y en patriotismo y abnegación, descollaba la del gobernador, único en el mando, que con nadie compartía; único en la responsabilidad, de que nunca quiso descargarse; sobrio de palabra, elocuentísimo en sus obras, recto en sus propósitos y justiciero e inexorable en sus determinaciones.»

El señor Ahumada, en su documentada e interesante obra *Gerona la inmortal*, resume su opinión sobre Álvarez diciendo que fué «no sólo un maestro insuperable en el difícil arte de la polémica defensiva, sino un místico de la guerra y de la patria».

Permítasenos que copiemos a continuación lo que sobre Álvarez indicamos sintéticamente en nuestra publicación *Gerona histórica* (segunda edición, Gerona, 1945):

«Al margen de toda interpretación exagerada sobre la personalidad de este ilustre general resulta indudable que la defensa de Gerona tuvo en él su mejor adalid, como lo demuestra el que, al quedar él postrado en cama, decayó rápidamente el ánimo de los defensores de la ciudad, aun teniendo en cuenta que, dada la terrible situación de los últimos días de la resistencia, tal vez tampoco hubiera podido superarlos Álvarez, a pesar de sus relevantes dotes de energía y de mando.»

Lafuente, en su conocida *Historia de España*, dice que «la gran figura que se destaca siempre en el interesante cuadro de este famoso sitio, y que no es exageración comparar a las de los héroes de Homero, es la del gobernador Álvarez de Castro».

En cuanto al secreto de esta energía, que tanto caracterizó al general durante su mando en Gerona, es muy posible que fuera debida a su mística, de orden religiosa y guerrera a la vez. Álvarez

Castro, leído ante la Real Academia de la Historia en 9 de mayo de 1880.

veía en los invasores a los enemigos de su religión y de su patria, y ambas concepciones, a las que siempre rindió Alvarez culto ferviente y sincero, desvelaron toda la fuerza de sus energías de creyente y de patriota.

El ilustre escritor militar conde de Clonard (1) dice de Alvarez lo siguiente, que sintetiza su opinión sobre el heroico general, y que conceptuamos como muy interesante, dada la gran autoridad del autor, como tratadista de cosas militares. Dice así Clonard: «Abrigaba Alvarez, en un cuerpo breve, el alma y los sentimientos de un héroe. Distinguido durante su larga vida militar por un valor inquebrantable, por un patriotismo invencible y por una severa exactitud en el cumplimiento de sus deberes, se había granjeado constantemente la consideración de los jefes superiores y el afecto de sus soldados. No siempre obtuvo los favores de la inconstante fortuna, pero siempre se mostró digno de ellos. Aquel espíritu fuerte, reconcentrado, poderoso, debía desconocer o desdeñar el flexible idioma de la lisonja. Esta circunstancia influyó sin duda para que no fueran más rápidos sus adelantos en su carrera, en la que no dió un solo paso en falso. Es verdad que lo desconocieron sus contemporáneos porque, modesto, afable, ocultaba la excelencia de sus prendas con la llaneza de sus modales; nadie hubiera creído descubrir en él aquel genio fecundo, aquella magnanimidad extraordinaria, aquella última síntesis de la constancia humana, que demostró en el sitio de Gerona; quizá él no tenía consciencia de su propio valer; los caracteres extraordinarios necesitan ocasiones extraordinarias para desarrollarse; aseméjansē a la electricidad, que, existiendo siempre en el seno de la atmósfera, sólo se muestra a nuestros asombrados ojos en medio del estallido de una tempestad. Frisaba ya entonces Alvarez en la edad de sesenta años; pero su conducta durante el sitio hace comprender la exactitud de aquella antigua sentencia: «Que el corazón de un hombre es siempre joven.»

(1) *Historia orgánica de la Infantería y Caballería.*

CAPÍTULO XXV

LOS DETRACTORES DE ALVAREZ

ALGUNOS de los escritores que conocieron y trataron al ilustre general dicen, en algunas de las Memorias que nos legaron, que Álvarez fué un talento mediano y que, relativamente, tuvo poca instrucción. Es muy posible que no fuera realmente hombre de cultura brillante; pero hay que convenir, en justicia, que tampoco la tuvo muy por debajo de lo común, pues, de otra manera, no hubiese sido nombrado profesor de matemáticas en la Academia de Cadetes de Guardias Reales, como lo fué, ni se le hubiese designado para formar parte de una comisión científica, que ensayó la táctica de la artillería a caballo, en Aranjuez; y conviene también tener en cuenta, para juzgar de su preparación científica, que el informe que dió con tal motivo fué incluso elogiado y celebrado por sus superiores. De haberse tratado de un hombre sin la suficiente cultura militar, es muy probable que no se le hubiese designado para informar en cuestión de tal importancia.

Incluso parece que tuvo afición a las letras y posiblemente también a las cuestiones filosóficas, por cuanto, según dice Gómez de Arteche, en 1798, y siendo ya brigadier, obtuvo del inquisidor general del Reino licencia para adquirir, retener y leer libros prohibidos por el Santo Oficio, excepto los de Pedro Suave, Nicolás Maquiavelo y «demás que tratan contra la religión católica».

Por otra parte, don Pascual Madoz, en su conocido *Diccio-*

nario, cita al general Alvarez en la lista de escritores católicos de Granada. De haberse tratado de un hombre sin cultura, ¿cómo hubiera sido posible que persona de tan reconocida autoridad literaria y científica como el señor Madoz le hubiese destacado como escritor, máxime en población tan populosa como era ya entonces Granada?

Con los que a su rigidez y relativa dureza quieren dar interpretaciones peyorativas para el general opondremos sólo como objeción lo sucedido con los señores Nash y Fournás, defensores del castillo de Montjuich, y que lo evacuaron, no obstante haber recibido orden de Alvarez de que se sostuvieran aún en él, a pesar de todas las dificultades. Lo cierto es que, al presentarse Nash y Fournás a Alvarez para devolverle los despachos de ascenso que el gobernador les había enviado al castillo por su heroísmo y constancia en defenderlo, y al ponerse dichos jefes a su disposición para que se les juzgara, Alvarez reconoció que habían extremado aquella defensa, que comprendía que humanamente se había hecho imposible resistir más, y les devolvió nuevamente los despachos de ascenso, confiándoles seguidamente otros servicios en la plaza, demostrativos de la confianza que dichos jefes continuaban mereciéndole.

En nuestro deseo de dar a la personalidad de Alvarez una impresión en lo posible imparcial y objetiva, no vamos a silenciar unas voces adversas que en diversas ocasiones han surgido, discutiendo su actuación en el sitio de Gerona.

Estas opiniones, no concordes con el común sentir de la mayoría de escritores que se han ocupado de Alvarez, son debidas, unas, a profesionales en cuestiones militares y guerreras, y otras a profanos en dichas cuestiones.

Las objeciones que algunos de los primeros han opuesto a la actuación de Alvarez en el sitio de Gerona dimanar especialmente de que no abandonara la plaza al darse cuenta de que toda ulterior resistencia no podía terminar victoriosamente para la ciudad, por la enorme diferencia de medios con que contaban sitiados y sitiadores. Algunos exponen también ciertos reparos a su táctica,

estrictamente defensiva, apoyándose en los postulados de que para vencer hay que atacar, y de que la mejor táctica es la ofensiva.

Las objeciones de los profanos en cuestiones militares han tomado algunas veces por base los delirios de que nos hablan ciertos historiadores, como sufridos por Alvarez en los últimos días del sitio, y por suponer los tales que dichos delirios podía haberlos sufrido mucho antes Alvarez y ser las manifestaciones de un estado morbozo de sus facultades intelectuales.

A tales manifestaciones puede argumentarse en contra diciendo que cualquier acto humano despierta en unos simpatía y en otros oposición, o, cuando menos, ciertas reservas de apreciación; y aquel acto humano, siendo el mismo en ambos casos, será tenido por los unos como bueno y por los otros como malo, o, cuando menos, por improcedente o inútil.

Existen varias razones para no admitir tal supuesta anormalidad en sus facultades: entre otras, porque los contemporáneos de Alvarez, en las Memorias y publicaciones dedicadas a describir o a estudiar los hechos acaecidos durante el sitio de Gerona, no dejan entrever, ni remotamente, nada que pudiera dar consistencia a tal suposición; y si por un exceso de concesión pudiera admitirse tal cosa, no habría razón lógica para no admitirla igualmente al tratarse de otros caudillos y de otras resistencias tenidas por heroicas; y ello llevaría, razonablemente, a la triste o paradójica conclusión de que ni existiría el heroísmo ni el sacrificio generoso en aras de la patria, lo cual resultaría, además de absurdo, profundamente desalentador.

Por otra parte, los militares y los críticos franceses que se ocuparon del sitio de Gerona y del general Alvarez, ni remotamente dejan entender en sus escritos tal cosa; y con lo mucho que irritó al mando francés la extraordinaria duración del sitio de Gerona, y sabiendo, como bien lo dicen, que la principal causa de tal duración era la inquebrantable energía de Alvarez, de haber existido el menor indicio para tal suposición, ellos no solamente la hubieran consignado, sino probablemente exagerado en sus escritos.

Por los testimonios de los médicos que asistieron al general se puede apreciar el carácter temporal de dichos delirios, debidos, como afirman dichos médicos, a la agravación de la enfermedad que sufría. Y no parece pueda ser prueba suficiente el pretender fundar la actuación del general, durante los siete meses de sitio, en una anormalidad funcional, que sólo le afectó en los últimos días de la resistencia, y posiblemente, en junto, sólo por algunas horas.

Y aun hay que tener en cuenta, por los testimonios de aquellos últimos momentos de la resistencia y por el mismo padre Cúndaro, que muchos gerundenses se manifestaron bastante escépticos en admitir los delirios y aun la supuesta gravedad del general, y dejan vislumbrar en sus dudas, como si por parte de algunos elementos de la defensa, fatigados por la extraordinaria duración de tan dura lucha, se hubiese recurrido a aquel tópico para poder viaticar a Álvarez y, con tal motivo, hacer pasar a otras manos las riendas del gobierno de la plaza.

CAPÍTULO XXVI

LA ODISEA DEL GENERAL

ALVAREZ no pudo salir de Gerona juntamente con la guarnición de la plaza el día 11 de diciembre, debido a la enfermedad que le retenía en cama. Continuó hospitalizado por algunos días más en su propia residencia, y al sentirse mejorado rogó a la autoridad francesa que le permitiese descansar y convalecer en una población del litoral gerundense. Augereau le manifestó que iría a reponerse a Figueras.

El día 21, por la noche, fué evacuado, presentándose en su alojamiento el corregidor con varios gendarmes, y le manifestó que, de orden de su majestad el rey José, debía pasar a Francia como preso de guerra. Salió de la ciudad juntamente con muchos religiosos, a los que en los días anteriores se había ido concentrando en el convento de San Francisco.

El general salió de Gerona en una calesa o cupé, escoltado por guardias franceses y acompañado del canónigo doctor Jiménez, de su ayudante y secretario, don Francisco Satué, y de su criado (1).

Satué redactó unas Memorias relatando lo acaecido al general durante lo que podría llamarse primera etapa de su cautiverio. Según dice Satué, los llevaron al castillo de Figueras, al cual llegaron al día siguiente, entre dos y tres de la tarde; fueron alo-

(1) Esta calesa para trasladar al general fué cedida por el señor obispo.

jados en el pabellón de jefes, el cual tenía por todo mobiliario un colchón de paja, un catre, un canapé, dos mesas y dos sillas.

La guardia que había en el castillo aligeró de enseres el pequeño equipaje que llevaban los prisioneros. Como sencillo homenaje al general, tan sólo el edecán de Saint-Cyr dijo a Alvarez que su general deseaba servirle en cuanto fuera posible.

El gobernador de Gerona fué allí sometido a largos interrogatorios, con cuyo esfuerzo se sentía, al final, muy fatigado.

Cuantas veces era interrogado sobre su negativa a rendir la plaza a pesar de las reiteradas invitaciones que le hizo el mando francés, siempre respondía lo mismo:

—Si ustedes son oficiales de honor, hubieran hecho en mi puesto otro tanto.

Debido a que la clase de alimento que se le daba no le sentaba bien, fué posible conseguir un permiso para que el asistente del general pudiera adquirir en la ciudad lo necesario para condimentarle un caldo.

El día 23, de madrugada, y utilizando la misma calesa que le había traído de Gerona, el general fué trasladado a Perpiñán, custodiado por una guardia provista de dos piezas de artillería de campaña. Al llegar a Perpiñán fué conducido a casa del gobernador y de allí al Castillet, alojándosele, juntamente con los que le acompañaban, en una habitación muy mala, por lo cual Alvarez hubo de decir al comandante francés que le acompañaba:

—¿Es este sitio correspondiente a un general, y son ustedes los que se precian de guerreros?

El comandante le contestó que era preciso tuviera paciencia, y, alegando que estaban allí en calidad de reos de cárcel, les quitó las armas que llevaban.

Tales procedimientos, que no se avenían a lo estipulado en la capitulación de Gerona, fueron causa de que Alvarez dirigiera una carta al general Augereau, en la cual se lamentaba del trato que se le daba y de no haberle dejado quedar en Figueras, como Augereau le había ofrecido.

Con tales disgustos y ajetreos volvió a empeorar su estado

de salud y apareció otra vez la calentura; a pesar de ello, tuvo que levantarse de la cama por haber recibido la orden de marcha.

El general salió de su habitación apoyándose en su ayudante y en su criado; en pos de él seguían, en dos filas, los religiosos que habían salido de Gerona juntamente con él. Un fuerte piquete de tropa les aguardaba, y, ante tal aparato de fuerza, muchos de los prisioneros tuvieron la impresión de que se les iba a fusilar. Afortunadamente no fué así, y después de haberles pasado revista y haberles manifestado que, a partir de entonces, se les abonarían haberes como a prisioneros, se les volvió a sus calabozos.

El día 26 les cambiaron de calabozo y metieron a Alvarez, a su ayudante y a su criado en uno muy oscuro, con doble puerta y con pavimento formado por cantos pequeños y agudos; una modestísima cama y dos sillas eran todo el mobiliario de aquella zahurda.

En la noche del 6 de enero de 1810 les hicieron vestir rápidamente y sacaron de sus calabozos al general y a los religiosos, amenazando a todos con que sería fusilado quien intentara fugar.

A Alvarez y a Satué les hicieron subir a un coche; y como ambos pidieran que se les devolvieran sus respectivas espadas, se les contestó que ya se las entregarían luego.

Dice Satué, que «el buen humor del cochero hizo menos fatigosa esta jornada».

Comieron en Salces, y, ya anochecido, llegaron a Sitjan y allí pasaron la noche. El cochero, amablemente, les proporcionó cena y un catre, colchón, sábanas, dos sillas y una mesa. Por la mañana del día 18 salieron para Narbona, y allí les esperaba un gran gentío. Los instalaron en una casa particular de bastante buen aspecto, cómoda y limpia, y les pusieron doble guardia.

El general Alvarez recibió allí algunas visitas, y dice Satué que se hubiera sentido del todo bien a no ser las intemperancias de un gendarme, al cual creyeron no muy sereno, y que les molestó con sus bravatas y palabrejas.

En la mañana del día 19, mientras los prisioneros se preparaban para continuar la marcha hacia el interior de Francia, se presentó en la habitación ocupada por Alvarez un oficial de Gendarmería, el capitán de la escolta y algunos gendarmes, y después de desplegar uno de ellos un documento que llevaba, dijo:

—El general debe regresar; el edecán, no.

Alvarez contestó:

—¿Conque me hacen volver?... Bien. Mientras no me lleven al Castillet de Perpiñán, llévenme adonde les diere la gana.

Dice Satué que fueron éstas las últimas palabras que oyó pronunciar al general.

Lo mismo Satué que el criado de Alvarez, Francisco Pérez Salcedo, intentaron por todos los medios posibles que se les dejara acompañar al general a su regreso a España. Pero él les disuadió, con la entereza que le caracterizaba.

CAPÍTULO XXVII

MUERTE DEL GENERAL ÁLVAREZ

AL día siguiente de haber sido separado Alvarez de sus compañeros de cautiverio, fué llevado a Narbona y, de prisión en prisión, repatriado a España. Salido el 19 de Narbona, el 21 de enero llegó nuevamente a Figueras y se le encerró en un aposento de las caballerizas del castillo de San Fernando.

Reina un profundo misterio en cuanto hace relación a los últimos momentos del general, y la verdad es que se ignora la causa de su inesperada muerte. Algunos escritores han supuesto que el desgraciado desenlace se produjo a causa de las penalidades, de los disgustos, de la falta de consideraciones que se le tuvo durante su triste cautiverio, y que no pudo superar su organismo, debilitado por el largo asedio de Gerona y por la agotadora enfermedad que había padecido. Otros escritores, y el pueblo con ellos, exteriorizaron la creencia de que su muerte fué provocada por medios violentos, debidos a malos tratos de sus carceleros o, tal vez, a un envenenamiento.

Este enigma histórico de la muerte de Alvarez no será, probablemente, esclarecido jamás, pues los que fueron testigos del hecho y pudieron aportar pruebas o testimonios irrefutables, bajaron al sepulcro llevándose consigo el secreto.

El hecho que se conoce es que, en la mañana del día 22 o 23 de enero, el reverendo don Sebastián Bataller, cura ecónomo de la parroquia de Figueras, fué avisado para el entierro del cadá-

ver del general. Subió el ecónomo al castillo en cumplimiento de su misión, y en un zaguán que servía de cuerpo de guardia halló depositado el cadáver del general yacente sobre unas parihuelas y recubierto tan sólo por una sábana.

Varios soldados alemanes trasladaron el cadáver en su camilla a la iglesia y después al cementerio. Detrás de los despojos mortales del general Alvarez seguía el general francés Guillot, con algunos oficiales. Ningún destacamento francés rindió honores póstumos al general fallecido.

Al disponerse a enterrarlo en el hoyo abierto en el suelo del cementerio a tal finalidad, los soldados intentaron retirar la sábana que recubría el cadáver de Alvarez; pero el reverendo ecónomo se opuso a tal expolio, diciéndoles:

—¿Cómo es eso? ¿Hasta las fieras respetan los cadáveres, y ustedes no lo harán? Si le quitan la sábana, voy a envolver su cuerpo con mi capa pluvial.

Ante tal actitud, los soldados desistieron de su intento. El general Guillot, por su parte, guardó absoluto silencio y dejó que la sábana amortajara el cadáver.

En una declaración prestada años después por el reverendo don Sebastián Bataller, cura ecónomo de Figueras, dijo: «Que a cosa de las tres de la tarde (del día 22 o 23 de enero de 1810, pues no lo recordaba bien) salió de la iglesia con tres sacerdotes y dos monaguillos, y, a pesar de ser costumbre el recibir el clero los cadáveres a mitad de la cuesta del castillo, no pudo hacerle más honor (al difunto general), en aquellas circunstancias, que pasar adelante, entrando en el castillo con cruz alzada y llegando al sitio en donde estaba el cadáver, que era muy adentro de la plaza, a mano izquierda, en un cuerpo de guardia oscuro y negro, que es el mismo en donde murió, según se supo después.»

En las declaraciones que prestaron las personas que pudieron ver el cadáver de Alvarez, se resalta que su rostro aparecía como amoratado, y esto tal vez dió cuerpo a la suposición de que podía haber sido envenenado. Pero ningún testigo afirmó saber concretamente nada en relación con la supuesta muerte violenta del

general, noticia que, probablemente, y debido a la rapidez de su fallecimiento y a las tristes circunstancias en que estaba entonces el malogrado general, fué tomando cada vez más cuerpo en el sentir del pueblo, el cual ya es sabido que, en las cosas sentimentales especialmente, suele ir siempre más allá de donde llega, muchas veces, la pura y sencilla realidad de las mismas.

Con referencia a Alvarez, este sentir del pueblo es una prueba más de la simpatía y afecto que éste le tuvo, como justa correspondencia al heroísmo, amor a la patria y generoso sacrificio por ella, que reconoció siempre en él.

CAPÍTULO XXVIII

LA CUESTIÓN DEL MARTIRIO O DEL ENVENENAMIENTO DEL GENERAL

HEMOS dicho anteriormente que, entre el pueblo, fué general la creencia de que el general había fallecido de muerte violenta. Se vulgarizó y propagó la hipótesis, o leyenda, de que su muerte había sido provocada por crueles tormentos causados por heridas de bayoneta en sus carnes; tormento que, se decía, tuvo por finalidad impedirle el sueño. Otros supusieron que fué envenenado por un sargento francés, para aminorar la duración de sus tormentos. La verdad es que no se tiene la evidencia de ninguna de tales atrocidades, y que también pudiera haber sido debida la muerte rápida del general a un colapso provocado por los hondos y continuados sufrimientos morales y materiales, o físicos, que produjeron en él la trabajosa y larga defensa de Gerona, la complicación de su enfermedad y, en los últimos días, su triste cautiverio.

Véamos sucintamente, sobre la posible causa de su extraña muerte, la opinión exteriorizada por distinguidos historiadores.

Haro dice que, «hallándose enfermo cuando se rindió la plaza, no pudo salir de ella con la guarnición. Algo restablecido, fué llevado a Francia en compañía de su ayudante, el capitán don Francisco Satué, y de algunos criados; pero en Narbona recibió orden para regresar a Gerona, siendo conducido de cárcel en cárcel, como un malhechor. Privado hasta del consuelo de que le acompañara su ayudante y sus domésticos, fué encerrado en el

castillo de Figueras, en donde se le halló muerto al día siguiente de su arribo. La opinión juiciosa de aquel tiempo, fundada en datos más que probables, fué la de que había perecido violentamente».

Don Luis Cutchet (1) expone su opinión de que no fué asesinado, y dice: «Nosotros dudamos también (de su asesinato); pero preferimos explicar naturalmente la muerte de Alvarez por efecto de su larga enfermedad, por el gran trabajo y los cuidados del sitio; por su edad, pues tenía justos sesenta años; por el grandísimo sentimiento que debió de causarle la pérdida de Gerona, y todavía, además, por su prisión, excesivamente dura.»

Don Modesto Lafuente, en su *Historia general de España*, dice con referencia a esta misma cuestión: «Desearíamos que ningún indicio hubiera podido confirmar sospecha tan terrible; mas, por desgracia, noticias oficiales, pedidas al parecer por el Gobierno español y fundadas en el testimonio de testigos oculares que reconocieron el cadáver, confirmaban, en vez de desvanecer, el recelo que se abrigó acerca de la muerte del héroe de Gerona, sobre lo cual nos abstenemos de hacer reflexiones, propias para atormentar todo corazón sensible.»

Don José Gómez de Arteche (2) no comparte la opinión del asesinato, y dice: «Nosotros, pues, creemos que se traía a Alvarez a España con el pensamiento de una ejecución ruidosa, que impusiera a los españoles; pero que un accidente, nada extraordinario en el estado de su salud, tan quebrantada, y de su ánimo, agitadísimo por fuerza, cortó el hilo de sus preciosos días. Para la perpetración de un delito tan enorme, de crimen tan horrendo como el asesinato del héroe, se hubiera elegido otro sitio, la ciudadela misma de Perpiñán u otro lugar apartado; nunca la

(1) En su *Historia del siti de Girona en 1809*.

(2) *Discurso en elogio del teniente general don Mariano Alvarez de Castro* (leído en 9 de mayo de 1880, ante la Real Academia de la Historia).

tierra española, donde habría de ser descubierto y escandalizar al mundo.»

Pudiéramos aducir otras muchas opiniones y aun consignar que Napoleón parece estaba muy irritado contra Alvarez por el mucho tiempo que mantuvo estacionadas importantes fuerzas francesas ante los débiles muros de Gerona, complicando con ello la pacificación de Cataluña, que Bonaparte anhelaba conseguir con urgencia. Pero todo ello no podría constituir una prueba fehaciente del verdadero desarrollo del drama que representa la muerte de Alvarez de Castro. Este enigma de su muerte, posiblemente no podrá aclararse del todo nunca: fallecidos todos los que, por ser testigos tal vez de su muerte, hubieran podido aportar alguna noticia que hiciera luz sobre este caso, o, cuando menos, que permitiera orientar la cuestión debidamente, sólo queda ahora la posibilidad, remota ya ciertamente, de que un buen día se hiciera el hallazgo de algún documento que probara suficientemente lo que en realidad sucedió, aportando para ello la debida precisión de detalle. Mientras tal cosa no ocurra, nos parece será la opinión más equilibrada la de no manifestarse también en sentido puramente truculento.

CAPÍTULO XXIX

SOLEMNE TRASLADO DE LOS RESTOS DEL GENERAL A GERONA

EN 1814, salidas ya de España las últimas fuerzas invasoras francesas, y deseosa la ciudad de Gerona de ser la guardadora de los restos mortales del insigne general que inmortalizó el nombre de la ciudad, juntamente con el suyo, proyectóse el solemne traslado a Gerona de los restos del general Alvarez, que habían recibido antes sepultura en el cementerio de Figueras, sito en la parte norte de la iglesia.

Antes procedióse a la debida identificación de los restos del general, y tales trabajos quedaron terminados en Figueras en la tarde del 5 de julio de 1814. En dichos trabajos de identificación intervinieron el sepulturero que lo había enterrado, Miguel Gimfreu; los jornaleros Sebastián Roca, Esteban Comas y Juan Pedrosa; los testigos Baudilio Puxant y José Bordas, y el médico de Barcelona don Pedro Santamaría, que había sido, por algún tiempo, médico del general Alvarez y que comprobó la talla, midiendo para ello los huesos hallados, y pudo comprobar, además, que el pómulo izquierdo era un poco más abultado que el derecho, debido a una herida que había recibido años antes el general, y cuyo dato resultaba en este caso, naturalmente, decisivo para identificar sus restos sin ningún género de duda.

Hasta el 20 de octubre de 1816, los restos mortales de Alvarez de Castro permanecieron en el castillo de San Fernando, de Figueras, y en tal día se realizó su conducción a Gerona.

Los restos del general llegaron a la inmortal ciudad, de paso

para Barcelona, donde quiso llevárselos para dedicar al invicto general solemnes funerales, el día 21 de octubre, siendo recibidos en Gerona en la puerta de Santa María, o de Francia, por las autoridades gerundenses, por la guarnición de la ciudad y por todo el pueblo de Gerona, que recordaba aún, y admiraba, toda la valentía de aquel héroe. Muchos hombres que habían figurado como voluntarios en la Cruzada Gerundense, no podían ocultar su emoción y lloraban mientras acompañaban los restos de aquel general a quien los gerundenses de entonces tenían por un gerundense ejemplar, por un padre de todos y por un mártir de la patria. La comitiva, acompañando a los restos, se dirigió a la catedral, donde se celebró una sencilla ceremonia, y seguidamente aquellos restos fueron llevados a Barcelona, en cuya ciudad fué celebrado un solemne funeral-homenaje, siendo traídos de nuevo a Gerona el día 28 de octubre, llegando a la ciudad de los sitios en la tarde de dicho día. Fueron seguidamente depositados en la catedral, y, después de solemnes exequias, trasladados el día 30 a un sepulcro provisional que se colocó junto al presbiterio, en la capilla de San Narciso de la entonces Colegiata de San Félix. En dicho sepulcro provisional fué colocada una lápida de mármol con la inscripción siguiente, que compuso el que fué canónigo de aquella Colegiata, reverendo don Narciso Xifreu.

Squalidus hic jacet Alvarez

Nunc lumine privus

Hic qui fortis cum tulit arma fuit

Hic vir, hic est heros nullum moriturus in aevum

Cui scelērata fides cēta venena dedit:

Aeternum vivet nobis, fastique Gerundae:

Cum jussu regis tollitur ara pia:

Hoc nunquam poterit tempus retigere sepulcro,

Fama memor aëvis non pēritura canet

MDCCCXVI (1).

(1) Aquí descansan las cenizas de Alvarez, terror de los enemigos

En aquel acto pronunció una emocionante oración fúnebre, ensalzando las virtudes y las proezas del general, el reverendo padre Manuel Cúndaro, capitán que había sido, durante el sitio, de una de las compañías de la Cruzada Gerundense y autor de unas Memorias relativas al sitio de Gerona.

En 1880 inauguróse un magnífico mausoleo de mármol blanco, que fué levantado en la nave de la misma capilla de San Narciso, de la ex Colegiata de San Félix, destinado a guardar definitivamente las cenizas del glorioso general, que, juntamente con su nombre, inmortalizó el de la ciudad de Gerona.

cuando empuñó la espada; éste fué el grande hombre, el héroe que debía ser inmortal, y que murió de un veneno que le dió la perfidia del enemigo: su memoria pasará a los siglos venideros: Gerona la celebrará en sus fastos: y para perpetuarla, mandó el rey erigir este sepulcro. La fama de sus hechos no podrá perecer. Año 1816.

CAPÍTULO XXX

HONORES PÓSTUMOS

LA muerte del general Álvarez fué el triste colofón a una existencia sublimada, en sus últimos tiempos, por una resistencia heroica y por un cautiverio dramático. Por ambas causas, España toda manifestó su admiración al invicto general, y las Cortes extraordinarias, por Decreto de 7 de enero de 1812, acordaron lo siguiente:

1.º El nombre del gobernador de Gerona, don Mariano Álvarez, será inscrito con letras de oro en una lápida que se colocará en la sala de sesiones de Su Majestad.

2.º Cuando las circunstancias de la nación lo permitan, se erigirá en la plaza principal de Gerona un monumento para memoria de su defensa extraordinariamente distinguida y heroica, grabándose en él el nombre de su bizarro gobernador.

Lo tendrá entendido el Consejo de Regencia y dispondrá lo necesario a su cumplimiento en la parte que le toca, mandándolo imprimir, publicar y circular.

Dado en Cádiz, a 7 de enero de 1812.—*Manuel de Villafañe*, presidente; *José María Calatrava*, diputado-secretario; *José Antonio Sombielc*, diputado-secretario.

Más tarde, en recuerdo y homenaje a la memoria del general Álvarez, fué decorado el lugar de las caballerizas del castillo de Figueras, donde murió, y el general Castaños mandó colocar en aquel lugar una lápida que decía:

«Murió envenenado en esta estancia
El día 22 de enero de 1810,
Víctima de la iniquidad del tirano de la Francia,
El Gobernador de Gerona
D. Mariano Alvarez de Castro,
Cuyos heroicos hechos vivirán eternamente
En la memoria de los buenos.
Mandó colocar esta lápida
El Exmo. Sr. D. Francisco Javier de Castaños,
Capitán General del Ejército de la derecha.
Año 1815.»

Esta lápida fué arrancada y destrozada en 1823 por las fuerzas francesas que entonces entraron en España, al mando del duque de Angulema, para afianzar en la Monarquía absoluta al rey Fernando VII.

Sobre la chimenea del salón del Gobierno militar, en el castillo de San Fernando, de Figueras, en el pabellón que fué del general gobernador, existe otra lápida en mármol con el siguiente soneto:

“Anuncie el orbe lastimero
la destrucción del héroe más glorioso,
la muerte del varón más asombroso
publique, pues el firmamento entero;
¡bre España, la muerte del guerrero
ilustre, sabio, justo y valeroso,
cuyo aliento ha cortado riguroso
un déspota cruel, bárbaro y fiero.
De general tan noble, la memoria
en la milicia sea permanente;
exprese por el viento su memoria
el terrible cañón fúnebremente,
pues Alvarez murió con tanta gloria
que mereció vivir eternamente,

Lo único que cabe lamentar en este soneto es que sus condiciones literarias no estén a la altura que merece su buen propósito de enaltecer la memoria del glorioso general.

En 1894 fué inaugurado en la plaza de la Independencia, de Gerona, un artístico monumento en bronce, obra del escultor señor Parera, donado a la ciudad por el benemérito patricio don Fernando Puig. Este monumento, cuyo pedestal está labrado en bella piedra de Gerona, culmina en un grupo en bronce, en el cual figura la estatua del general Alvarez, en posición muy arrogante; un voluntario gerundense a su lado, y el cadáver de un soldado francés en la parte inferior de dicho grupo.

En lo alto de la cuesta que conduce al castillo de San Fernando, de Figueras, cerca de la entrada del mismo, fué levantado, por orden del rey don Alfonso XIII, un pequeño obelisco que contiene la siguiente inscripción:

«Al general Alvarez de Castro, defensor de Gerona, muerto en este castillo. Pasajero: descúbrete y piensa en la patria.»

Las Cortes del reino, además del acuerdo de 7 de enero de 1812, tomaron otros para ensalzar el heroísmo de los gerundenses y la memoria de su gobernador. En relación a Gerona, fué acordado, además de la erección de un monumento conmemorativo de los Sitios, la construcción de edificios oficiales para alojar las distintas dependencias del Estado, que quedaron arruinadas durante los bombardeos del sitio y la condonación de contribuciones durante un período de diez años. Desgraciadamente, casi todos estos propósitos quedaron incumplidos, seguramente por ser más perentorias otras obligaciones a que tuvo que atender el Estado.

Lo del monumento conmemorativo no puede ser obstáculo, el que no se haya cumplimentado aún, para que algún día pueda llevarse a cabo. Y esta vez, mejor que levantar un monumento, que en este caso la iniciativa particular ha suplido, aunque modestamente, tal vez fuera mejor reconstruir, en homenaje a los Sitios de Gerona, la antigua torre Gironella con la magnificencia que tuvo

en sus mejores tiempos medievales, y en la cual, una vez restaurada, podría instalarse un Museo napoleónico, que en pocas ciudades de España, con mejor ambiente y con más propiedad que en Gerona, podría ser organizado.

CAPÍTULO XXXI

CONSIDERACIONES FINALES

POCO nos resta ya decir en este estudio que venimos haciendo de la personalidad del general Alvarez (tan fuerte y destacada), como no sea hacer algunas consideraciones finales.

Del conjunto de lo que hemos venido exponiendo puede deducirse que en la tónica del mando del general, durante el sitio de Gerona, influyeron dos clases de causas: unas, de carácter general, y otras, ocasionales.

Entre las causas generales (que determinaban la íntima personalidad del general) destacaron su profunda religiosidad, su rígido sentido del honor y del deber y su acendrado patriotismo. Entre las causas ocasionales tal vez sobresalió un íntimo y amargo resquemor por haber tenido que entregar al invasor el castillo de Montjuich, en Barcelona, y que posiblemente decidió al general a no transigir en adelante con ninguna concesión hecha al enemigo, y cierto sentimiento de oposición moral a la tónica y directrices que la ideología napoleónica venían a representar para las concepciones tradicionales y religiosas de buena parte de los españoles de aquella época.

Alvarez, a sus sesenta años, no estaba en condiciones de cambiar radicalmente su ideología, por muy poderosos que fueran los agentes o las circunstancias que actuaran sobre él. Si hubiese sido mucho más joven, tal vez hubiese influido más sobre él el influjo puramente ideológico de los invasores, por más que, posiblemente

también, hubiera rechazado con la misma energía los procedimientos engañosos y solapados que Napoleón empleó en España para satisfacer sus ansias de ambición y de dominio en nuestra patria.

El estudio de la actuación del general Alvarez durante el sitio de Gerona especialmente nos ofrece el caso de un temperamento viril que no se allana a componenda alguna; que reacciona contra la ambición, la intriga y el poderío del enemigo sin medir la fuerza y el poderío del adversario, y que es capaz de todos los sacrificios en aras de lo que él estima ser el cumplimiento de su deber.

Ciertas influencias de pacifismo romántico habían pretendido agrisar un poco, en los últimos años del pasado siglo y en el primer tercio del actual, la gesta de los defensores de Gerona en 1809 y la fuerte personalidad de su egregio gobernador.

Las dos guerras europeas, que desgraciadamente han asolado los campos y las ciudades de Europa en lo que va de siglo XX, han servido, entre muchos males, para algo más conveniente y digno: para revalorizar en los pueblos en lucha las latentes energías, plasmadoras de sus más vivas fuerzas nacionales. Su amor a la patria ha sublimado de nuevo grandes hechos heroicos, que han demostrado la persistencia en los pueblos de estos grandes factores que determinan su personalidad y que se concretan en el amor y la devoción a la patria.

A nuestros ojos de hoy, las viejas gestas de la guerra de la Independencia: Zaragoza, el Dos de Mayo, Gerona, Bailén, el Bruch, etc., han cobrado renovados prestigios y han vuelto a ser fervientes hechos demostrativos de la positiva fuerza racial española, que alienta a través de los siglos y de las diversas vicisitudes pasadas.

Y la producción de figuras tan destacadas como las de Palafox, Alvarez de Castro, Castaños, etc., prueban también, hoy lo mismo que ayer, que la cantera de energías y de grandes caracteres no se agota venturosamente en España; y que en todas las épocas, en todos los momentos, siempre se produce el hecho consolador de que las virtudes raciales españolas encarnan en hom-

bres especialmente dotados, que saben entonces prodigar generosamente su patriotismo, que no regatean nunca el cumplimiento de sus deberes y que, si el caso llega, no reparan en hacer el sacrificio de sus propias vidas, si ello redunda en pro de la gloria, del honor o del prestigio de la patria.

En relación a la defensa de Gerona por Alvarez de Castro, hay que convenir en que difícilmente podía haber alcanzado, de recaer en otras manos, la eficacia que alcanzó en manos del general Alvarez. Su gestión en los cinco primeros meses del sitio no sabemos que haya merecido objeción alguna por parte de los especialistas y técnicos en cuestiones militares: su energía sintetizó la de la guarnición y la de los defensores todos de la plaza. Tan sólo, a partir del quinto mes del sitio, se suscitó entre algunos jefes y oficiales gerundenses la opinión de que de poco serviría prolongar más la resistencia de la plaza cuando no se podía contar, de manera positiva, con el envío de refuerzos bastante importantes para que pudieran obligar a los sitiadores a levantar el sitio de la ciudad. Y aquellos militares preconizaban la solución de que la guarnición saliera del encierro de los muros de la ciudad sitiada y se abriera paso luchando a través de las filas sitiadoras. Alvarez no quiso seguir aquel consejo o deseo y rehuyó siempre el tomar tal decisión. ¿Hizo bien? ¿Hizo mal?

Ya hemos indicado anteriormente que el general era rehacio a modificar sus planes, una vez había tomado una decisión. Se hizo a la idea de resistir el sitio más que no había conseguido hacerlo ninguna otra plaza en aquel período, y cumplió su palabra. Tal vez tuvo otros motivos para no lanzarse a una salida desesperada, que podía haber terminado también en un terrible descalabro.

Más o menos afortunado en el final del sitio de Gerona, ello no le resta ninguna virtud ni ninguna gloria. Por encima de pequeñas o grandes ventajas del momento, siempre queda el caso cierto y aleccionador que hechos tan valerosos como los sitios de Zaragoza y Gerona y epopeya tan abnegado como el Dos de Mayo, en Madrid, vienen a ser como poderosos reactivos de la

vitalidad y de las energías, a veces dormidas, de un gran pueblo. Y como Alvarez fué el propulsor y el paladín de la actuación de los gerundenses en este sitio, la personalidad egregia de este héroe siempre merecerá ser venerada por todos los gerundenses, ser admirada por todos los españoles y emocionar a todos cuantos tengan de los hombres y del valor de los mismos una idea que se desprende del inmaterialismo, hoy por desgracia tan extendido y prodigado: una idea que se eleve briosamente hacia una concepción más espiritual y generosa de la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- BLANCH E ILLA: *Crónica de la provincia de Gerona*, 1866.
- Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: *Mis Memorias íntimas* (Madrid, 1866).
- Emilio GRAHIT: *Sitios de Gerona en 1808 y 1809*.
- Francisco SATUÉ: *Memorias* (Barcelona, 1816).
- José María GARCÍA RODRÍGUEZ: *La Guerra de la Independencia* (Barcelona, 1945).
- Manuel CÚNDARO: *Historia políticocríticomilitar de la plaza de Gerona* (Manuscrito inédito).
- MINALI: *Historia militar de Gerona*. Gerona, 1840.
- José GÓMEZ DE ARTECHE: *Discurso en elogio del teniente general don Mariano Alvarez de Castro, leído ante la Real Academia de la Historia en 9 de mayo de 1880*.
- Luis CUTCHET: *Historia del sitio de Gerona en 1809*.
- E. GARCÍA BARBARIN: *Historia contemporánea*.
- Víctor BALAGUER: *Historia de Cataluña*.
- J. PLA CARGOL: *Gerona histórica* (segunda edición, 1945).
- LAFUENTE: *Historia general de España*.
- CAPITÁN AHUMADA: *Gerona la Inmortal*.
- CONDE DE CLONARD: *Historia orgánica de la Infantería y Caballería*. Etcétera, etc.

INDICE

	PÁGS.
DEDICATORIA	7
PÓRTICO	9
Panorama de España en la segunda mitad del siglo XVIII.....	11
La Revolución francesa. La Convención, El Directorio y el Imperio.	15
El panorama español.....	21
Napoleón y España.....	27
Alvarez de Castro.....	29
Algunas características de Alvarez.....	33
Las defensas de Gerona.....	35
Alzamiento de Gerona y primero y segundo sitio.....	39
Alvarez, gobernador de Gerona.....	43
El tercer sitio de Gerona.....	47
La cruzada gerundense y la compañía de mujeres de Santa Bárbara.	49
Acciones y acontecimientos.....	53
Abandono del fuerte de Montjuich y entrada de un convoy en Gerona.....	55
El llamado "Gran día de Gerona".....	59
Crecen las dificultades de los sitiados.....	63
La energía de Alvarez.....	67
Situación desesperada de Gerona.....	71
Alvarez y el pueblo gerundense.....	75
La grave enfermedad del general Alvarez.....	77
La rendición de Gerona.....	83
Entra en Gerona el duque de Castiglione.....	87
Gerona y el general Alvarez.....	89

	PÁGS.
Virtudes y defectos del mando de Alvarez.....	93
Opiniones sobre el general Alvarez.....	95
Los detractores de Alvarez.....	101
La odisea del general.....	105
Muerte del general Alvarez.....	109
La cuestión del martirio o del envenenamiento del general.....	113
Solemne traslado de los restos del general a Gerona.....	117
Honores póstumos	121
Consideraciones finales	125
BIBLIOGRAFÍA	129

ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

Gerona histórica.

Gerona popular.

Gerona, arqueológica y monumental.

La provincia de Gerona.

El Greco y Toledo.

Goya. Su vida y sus obras.

Velázquez. El hombre y el pintor.

Ribera y Zurbarán.

Murillo.

Imagineros españoles.

EN COLABORACIÓN CON DON JOSÉ M.^a PLA DALMAU

Enciclopedia autodidáctica.

COLECCIÓN HISTÓRICA

Magnífica colección de narraciones históricas y grandes biografías de famosos personajes, editada a todo lujo, con bellas ilustraciones y encuadernada en tela, con títulos y ornamentación en oro.

VOLÚMENES PUBLICADOS

	<u>Pesetas.</u>
JUAN ANDREA DORIA Por José García Mercadal ..	25
DON JUAN DE AUSTRIA Por J. Martínez Frieria	25
EL DUQUE DE RIPERDA Por Luciano de Taxonera ...	30
CÉSAR BORGIA Por Antonio J. Onieva	50
FELIPE IV Y SU ÉPOCA Por Bernardino de Pantorba ..	50
CISNEROS Por Alfredo Ruiz Crespo	30
LA VIDA TURBULENTA DE QUEVEDO Por Luis Astrana Marín	50

EDITORIAL GRAN CAPITÁN

Arenal, 23 - Apartado 184
Teléfono 15524 - MADRID

MILICIA DE ESPAÑA

●
VOLÚMENES PUBLICADOS

1.-MÉNDEZ NÚÑEZ

Por Ibáñez de Ibero.

2.-ALVAREZ DE CASTRO

Por J. Pla Cargol.

3.-SPÍNOLA

Por Antonio Cerrolaza.

4.-PIZARRO

Por Bernardino de Pantorba.

●
EDITORIAL GRAN CAPITAN



1067163
R/ 1559

Álvarez de Castro

2028

15559

R/

VLAREZ DE CASTRO

J. PLA
CARROLL